

Juan del Rio Ayala



IRMA

*Romance de la conquista de la
Gran Canaria.*

TIRMA

ROMANCE DE LA CONQUISTA DE LA
GRAN CANARIA

JUAN DEL RIO AYALA

TIRMA

ROMANCE DE LA CONQUISTA DE LA
GRAN CANARIA

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
MCMXLVII

EDICIÓN PRINCIPE
Doscientos ejemplares numerados.

Ejemplar núm. **150**

Quedan reservados los derechos del autor, tanto en ediciones como teatro y cinematografía.

Se ha hecho el depósito que marca la ley.

Dibujos y viñetas de Ernesto Rodríguez Padilla.

ENVIO

A una mujer castellana:

*CARMINA MARTIN OLMEDO,
la esposa del camarada y amigo
entrañable.*

A una mujer canaria:

*JOSEFA SUÁREZ DEL RIO,
mi esposa.*

ALGUNAS ADVERTENCIAS PRELIMINARES

Al escribir "TIRMA" no nos hemos propuesto hacer una obra más de teatro, destinada a tener mayor o menor éxito ante un público. Nuestro fin primordial es presentar algo de carácter didáctico y divulgador acerca de una cultura ancestral que supervivió, aislada, en medio del Atlántico, hasta que Castilla, en sus comienzos de andariega incansable, viniera a dar al pueblo canario el primer aldabonazo de la civilización cristiana, incorporándolo a sus rutas imperiales.

Salvo las modificaciones que impone la escenificación, nos hemos ceñido al hecho histórico y etnológico; así nuestros personajes principales no han sido creados, sino revividos y traídos a la escena desde las apolilladas crónicas del siglo XVI, moviéndose en un ambiente que, en principio, nos ha descrito ya la arqueología.

Para el diálogo hemos adoptado el verso, no por presunción ni por altisonancia, sino que nos ha parecido la forma más fluida y la más acorde con los trozos musicales que necesariamente han de constituir el fondo y el relleno de la obra.

La hemos llamado romance por su carácter jugla-

resco, indicando, con ello, que ha de ser presentada como un viejo cantar de gesta.

En cuanto al vestuario, es necesario tener en cuenta que los primitivos canarios no constituían un grupo humano de ínfimo nivel de vida, sino que, por el contrario, habían alcanzado un estrato cultural muy complejo que tiene sus fundamentos en las civilizaciones camitas o presaharianas. Por ello, aunque utilizan el tejido burdo de junco y el cuero para la confección de sus vestidos, éstos son siempre cortados y adaptados a las formas del cuerpo. Este último material siempre adobado de tan cuidadosa manera, que tiene la finura, la elasticidad y el color de la gamuza. Leonardo Torriani, el cremonense, nos ha dejado en su "DESCRIPCIONE DE ISOLE DE CANARIE"—1590.—Manuscrito de la Universidad de Coimbra. Publicación del Dr. Domenik J. Wófel—unos preciosos dibujos de esta vestimenta, en los cuales podrá ir a inspirarse el director, en ciertos, de esta obra.

En la elección y caracterización de los personajes, es preciso tener presente que tres tipos raciales constituían el substrato somático de los aborígenes canarios, a saber: el cromañoide, el siro-árabe y el camita. De éstos nos interesa destacar en la escena, por sus magníficos contrastes, el primero y el último. Éste, gigantesco, enjuto, señorial, de modales ampulosos, muy moreno y algo prognato. Aquél, de estatura mediana, fuerte, ágil, rubio, con ojos azules, cara corta y ancha, pómulos prominentes, frente baja.

Dicho esto, no se nos ocurre nada más a guisa de advertencia.

NOTAS LEXICALES

- ALCORAC o Corac.—Dios.
- AGUETE.— Nombre de una comarca al oeste de la Isla de Gran Canaria.
- AGALDAR.— La actual ciudad de Gáldar; sede de los reyes aborígenes en los tiempos prehispánicos.
- ANDAMANA.— Sacerdotista legendaria que dictó leyes al pueblo aborígen y cuya memoria era venerada por éste con las características de los "marabút" bereberes.
- ANSITE.— Monte sagrado.
- ARTEMI.— Nombre de un rey canario de gran fama de bondad.
- ARTENARA.— Nombre de una comarca abrupta, enclavada hacia el centro de la Isla.
- BAIFO.— Macho cabrío joven.
- BENTAYGA.— Monte Sagrado.
- CARDON.— Euforbiácea cactiforme de brazos retorcidos a modo de lampadario.
- CHARCEQUEN.— Licor obtenido del fruto del mocán.
- ECHEYDE.— Nombre prehispánico del Teide.

- FAICAN.— Sacerdote y adivino.
- GOFIO.— Harina de maíz, trigo o cebada, previamente tostados.
- GUAIDEL o Guaidín.— Arbusto silvestre que se cubre, maravillosamente, de pequeñas campanillas blancas.
- GUANARTEME.— Rey.
- GUAYRO.— Noble, o señor feudal.
- HARIMAGUADAS.— Santas mujeres que vivían en comunidad y a quienes les estaba encomendadas la educación y preparación, para el matrimonio, de las doncellas nobles.
- HUMIAGA.— El monte más elevado de la Isla.
- JAIRA.— Cabra.
- LAIRAGA.— Nombre de la Costa Brava del norte de la Isla.
- LEÑA-BUENA.— Madera obtenida de los "cneorum pulverulentum" que crecen en las zonas esteparias del sur de la Isla.
- MAGADO.— Palo arrojadizo y punzante, principal arma de guerra de los nobles.
- MIRLADO.— Momificado.
- MOCAN.— Magnífico árbol de hojas coriáceas (La visnea mocanera de los botánicos) que produce una pequeña drupa dulce y que los aborígenes llamaban "yoya"; fermentándolas, producían el licor "Charcequén".
- PICON.— Tiene acepción diferente que en la Península. Se refiere a las lavas menudas, requemadas.

- PINTADERA.— Sello en arcilla cocida que servía para estampar los símbolos de nobleza sobre las personas y las cosas.
- SANSOFE.— Fórmula de saludo.
- TABAIBA.— Euforbiácea arborescente.
- TABONA.— Cuchillo de piedra.
- TAGOROR o Tagor.— Consejo de los nobles.
- TAMARAN.— Nombre prehispánico de la Isla de Gran Canaria.
- TAMARCO.— Especie de dalmática o poncho, obtenido de un cuero de cabra adobado. Era el traje de guerra de los nobles.
- TENIQUE.— Piedra grande.
- TOFIO.— Vasija de barro, especial para ordeñar las cabras.
- VERODE.— Planta característica de los roquedales.
- YOYA.— La drupa del Mocán.

PERSONAJES

- ARMINDA.— Mujer madura, viuda del guayro o señor de "Acusa". A veces sacerdotisa y siempre representante de una ancestral cultura matriarcal.
- GUAYARMINA.— Joven y bella princesa de la dinastía reinante en la Isla.
- MASEQUERA.— Niña púber, hija de Arminda.
- TASIRGA.— Criada, confidente y antigua nodriza de Guayarmina.
- NUSAC.— Doncella de villana condición, o de la clase de los tonsurados.
- MUJERES 1.^a 2.^a y 3.^a - Criadas de Arminda.
- BENTEJUI.— Mozo noble, de aspecto atlético; hijo de Arminda.
- GRAN FAYCAN.— Anciano gigantesco; sumo sacerdote.
- GUAYEDRA.— Guanarteme o rey de la Isla. Viste a usanza castellana.
- BENAFRE.— Mozo de condición villana, o tonsurado.
- D. HERNAN PÉREZ DE GUZMAN.— Capitán joven de la conquista.

D. ALONSO JAIMEZ
DE SOTOMAYOR.—Alférez mayor.

UN FRAILE FRAN-
CISCO.— Con crucifijo de báculo.

GUERREROS.— 1.º, 2.º y 3.º. Nobles canarios.

COROS.—

Pueblo canario.

Soldados castellanos.

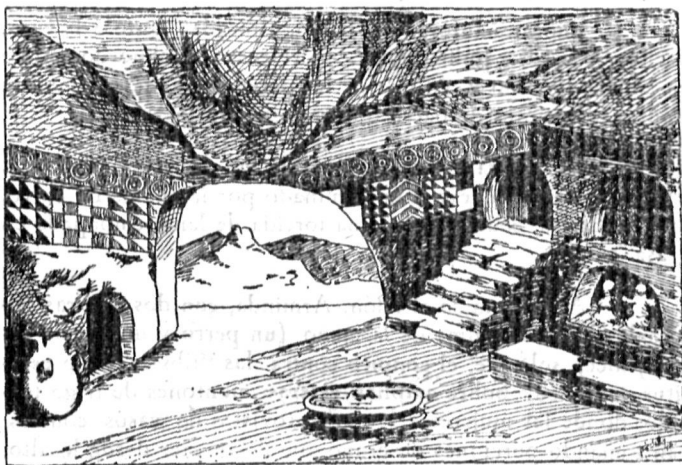
“Harimaguadas“ o santas mujeres.

“Guayros“, o nobles señores feudales de la Isla.

La acción en la Isla de la GRAN CANARIA.

SIGLO XV.





CUADRO PRIMERO

ESCENARIO

Interior de la cueva donde habita la familia del “guayro”, o señor, de Acusa.

En el fondo amplia entrada, tras la cual se alzan agudas sierras sirviendo de pedestal al monolito Bentayga.

Esta cueva, de paredes lisas, trabajada por el hombre, se halla profusamente decorada con pinturas murales a base de dibujos geométricos: rectángulos, asociaciones de triángulos y rombos; frisos a base de líneas ondulantes y quebradas, círculos concéntricos en rojo, negro y blanco.

A la derecha de la entrada se ve la puerta de otra dependencia. A la izquierda, dos cuevas altas a las que da acceso una escalinata de losas basálticas superpuestas. Junto a la pared de este lado, largos asientos cubiertos de pieles.

Enormes ánforas de barro, alineadas junto a la roca, hachas de piedra pulimentada, morteros; el molino doméstico en primer término y, en una de las paredes, una hornacina con figuras aberrantes de barro que representan los manes.

Es la hora del atardecer y la luz del foro es violeta. El interior de la cueva está iluminado por lámparas de barro, dentro de las cuales arde una torcida de lana empapada en grasa animal.

Al levantarse el telón, Arminda, con dos figuras infernales sobre la palma de la mano (un perro y un macho cabrío) dice, solemne, el conjuro contra las "tibisenas", o espíritus malignos. Sobre amplias esteras, montones de trigo tostado, donde las mujeres 1.^a y 2.^a, provistas de vasos cónicos, van tomando porciones de grano que dejan caer desde lo alto.

La mujer 3.^a cuida del fuego y de un ánfora suspendida sobre el mismo, a la entrada.

ESCENA I

EL RITO DEL GOFIO

ARMINDA.—

(Cantando en tono de conjuro).

Alcorac... Alcorac...

.....
Id, infernales «tibisenas»,
al bosque umbroso.

Clamando entre las ramas,
temor del caminante.

Id, infernales "tibisenas",
a las cuevas del mar.

Rugiendo entre las rocas
vuestra furia tonante.

Horribles apariencias
del gigantesco perro
y del «baifo» monstruoso:
id con vuestro maleficio
al bosque umbroso.

Libre sea al grano
bueno sea el gofio
por virtud del conjuro
de mis puras manos.

(Hace signos cabalísticos)

Traiga «Alcorac» la lluvia
a la tierra reseca.
El espíritu bueno,
hacedor de las cosas,
haga del grano planta
y de la planta espiga.

Desde el alto Bentayga
venga tu influjo sano
a la entraña de la tierra fecunda
que con cuernos de cabra
abrieron las mujeres y los niños.

Tú, que todo lo puedes, Alcorac,
que pones en las ubres de las «jáiras»
leche blanca de espuma
y en el vientre de la mujer
la vida de la raza,
pon en el grano la virtud del gofio,
para alimento sobrio
del pastor,
que en la montaña
conduce su ganado;

del guerrero,
que en la batalla
maneja su magado.

Agilidad del baile,
cadencia de la endecha,
destreza de la lucha.

Horribles apariencias
del gigantesco perro
y del «baifo» monstruoso:
id con vuestro maleficio
al bosque umbroso.

(Da por terminado el conjuro. Deja las figuras infernales en la hornacina. Toma un búcaro cónico con grandes triángulos pintados, vaso sagrado, y se dispone ante el molino para recoger el gofio que va a salir por la tolvera. Toda la escena se anima ante el trágico de la molienda. Las mujeres 1.ª y 2.ª se disponen a echar el grano y a girar el molino).

(Recitado sobre fondo musical).

MUJER 1.ª—

Rubio es el grano
como la espiga
que dora el sol.

MUJER 2.ª—

Moreno el gofio
cuando la piedra
lo remolió.

MUJER 1.ª—

Por el ojo de la muela
cebada y trigo.

MUJER 2.ª—

Gira molino,
baila conmigo.

(Transcurre un momento de silencio en que sólo la orquesta marca el ritmo del molino).

ARMINDA.—
(Cantando).

Agilidad del baile
cadencia de la endecha
destreza de la lucha.

(Recitado sobre el mismo fondo rítmico de la orquesta).

MUJER 3.^a—

(Viniendo a la contemplación del gofio aspirando su aroma).

Amargo y dulce
es el aroma
del gofio, cuando sale
por la tolvera.

ARMINDA.—
(Trasegándolo en las ánforas).

En la ancha jarra,
aun caliente,
guárdelo bien la tapa
de laja fuerte

MUJER 3.^a—

Amasado con agua
con «charcequén»;
revuelto con la leche
sobrio alimento.

ARMINDA.—
(Interrumpiéndola).

Del pastor,
que en la montaña
conduce su ganado;
del guerrero,

que en la batalla
maneja su magado.

(La mujer 2.^a, extenuada, deja el molino y toma el dnfora para verter el grano, mientras la primera la sustituye).

MUJER 2.^a—

Rubio es el grano
como la espiga
que dora el sol.

MUJER 1.^a—

Moreno el gofio
cuando la piedra
lo remolió

MUJER 2.^a—

Por el ojo de la muela
cebada y trigo.

MUJER 1.^a—

Gira molino,
baila conmigo.

ARMINDA.—

(Recogiendo nuevamente el gofio).

(Cantando).

Agilidad del baile,
cadencia de la endecha,
destreza de la lucha.

(Queda el trajín interrumpido por la voz de Masequera, que aparece por el foro conduciendo un hato de cabritillos. Arminda y las mujeres la contemplan con ternura. Ella se ocupa en echar los cabritos por el lado derecho del foro).

ESCENA II
"LOS BAIFITOS"

MASEQUERA.—
(Cantando).

De la fuente he llegado
con mis cabritos,
que el amor de sus madres
vienen buscando;
sus anchas ubres,
apretadas de leche,
quieren mis báifos.

Corre baifito,
que la «jáira» ya espera
por ti balando.

MUJER 1.^a—
(A Arminda por Masequera).
(Recitado).

Alcorac te protege,
noble señora.

Si a tu esposo
el cristiano
muerte le diera,
tienes en Masaquera,
la más linda doncella
de estos contornos.

MUJER 3.^a—

Y en Bentejuí,
el mozo más gallardo,
noble y gentil.

MASEQUERA.—

(Hablando consigo).

En el acarredero
no están las cabras

(A su madre, besando la orla de su vestido).

Madre y señora:
Mi hermano Bentejui
cuánto ha tardado,
mira mis báifos
esperando impacientes
por el ganado.

ARMINDA.—

(Reconviniéndola cariñosa).

No es nada honesto
que una doncella,
llamada Masequera,
vaya por las veredas
cuando en el cielo
lucen ya las estrellas.

MASEQUERA.—

(Se cñe al talle de su madre).

¡Oh, madre mía!
No dejes que el enojo turbe tu rostro.
En las cañadas,
los calores las hierbas han agostado
y las collejas,
al fresco de la fuente han prosperado.
La lejanía,
se siente en el camino tan enriscado.

VOZ DE BENTEJUI.—

(Cantando dentro y acercándose a la cueva).

De pastar en el monte

traigo mis jáiras,
buscando voy la cueva
donde acarrarlas.

Por el veredo,
comiendo retamones,
triscan las cabras

(Silba fuerte y corto).

Carra perro...

ARMINDA.—

Mi hijo ya llega

MASEQUERA.—

(Alborozada. Recitado).

Ya viene Bentejuí,
se oye su copla.

VOZ DE BENTEJUI.—

(Cantando).

Al soco de la cueva
rumian mis «jáiras»
la hierba que comieron
en la montaña.

En el acarradero,
sommelientas descansan,
duermen las cabras

(Silba de nuevo).

Carra perro...

ARMINDA.—

(Recitado).

Mi hijo ya llega
ese es su canto

MASEQUERA.—

Es la copla que siempre
canta mi hermano.

ARMINDA.—

Conduciendo las reses
por el camino.

MASEQUERA.—

Hoy, madre mía,
su cantar, como nunca,
dice alegría.

(Pasan algunas cabras por el foro. Aparece Bentejui conduciéndolas con aire jubiloso. Viste traje sencillo de adolescente: zamarrilla de cabra rucia, sin mangas; en la cabeza, monterilla de cabrito con las patas anudadas por debajo de la cara a guisa de barbuquejo. A la espalda, zurrón, honda para lanzar piedras y en la mano, un magado. En el magado un águila ensartada que luce como trofeo. Por el cierre de la zamarrilla, entreabierta, se ve el pecho amplio, atlético; y en los brazos, musculosos, las pulseras y brazaletes de cuero que, se ciñen fuertemente a la carne, dan la nota salvaje.)

ESCENA III

EL HIJO DE LA ESTIRPE

BENTEJUI.—

(Echando el ganado por la derecha del foro).

Carra perro...

carra...

(A Arminda y a Masequera).

Madre y señora...!

Mi hermana Masequera...!

ARMINDA.—

¡Cuánto has tardado!

MUJERES.—

(En tono de saludo).

«Sansofé guayro».

MASEQUERA.—

(Reparando, curiosa, en el magado).

¿Qué significa este bello magado
y en él un pájaro ensartado?

BENTEJUI.—

(Poniendo de manifiesto el trofeo con gran énfasis).

Es mi gran triunfo,
mi gran hazaña;
por la que vestiré, mañana,
el sagrado tamarco del guerrero.

ARMINDA.—

(Ansiosa).

Cuéntanos lo ocurrido
en la montaña.

MUJER 1.ª

(Por las demás).

A preparar la cena
hemos de ir fuera.

BENTEJUI.—

Acomadad las cabras
en la cueva.

(Hace una pausa, como recordando y, con creciente emoción, comienza su relato. En el gran asiento de piedra se acomodan Arminda y Masequera).

En los altos de «Humiaga»,
de Tamarán la cumbre más bravía,

la grama y el tomillo
y la olorosa salvia
el ganado comía.

Qué hermosa era la isla
bajo la luz radiante
de sol de mediodía.

El mar la circundaba
con un collar de espumas;
el bosque era diadema
sobre las medianías;
y en los acantilados
y en los agudos roques,
los hieráticos pinos
luchan con la sequía,
deseando las aguas
que en el hondo barranco,
entre breñas, corrían.

La sombra de las nubes
sobre las tierras llanas
y los verdes retales
en laderas bermejas,
sobre las montañetas
lucen negros picones
junto a grandes calderas
de ancestrales volcanes.

.....
.....

Entonces trabajaba
a la sombra de un risco,
poniendo mi porfía
en labrar este fuerte magado;

y mis ansias crecían
a la vista de los montes sagrados:
Bentayga, Tirma, Ansite...

Desde allí,
por la quietud del aire,
hasta mí venía,
en murmullo constante,
la voz de las virtudes
de la guerrera gente
que en las sacras montañas
duermen el sueño de la muerte.

De las «harimaguadas»
las viejas tradiciones
y la sabiduría
de los santos faycanes.

¡Oh, tú, el espíritu
de mi padre Bentaguayre,
en Aerucas muerto
a manos del cristiano!
Yo oí tu voz
en la quietud del aire
y el mandato imperioso
de la estirpe
de hacer eterna guerra
al castellano.

Con redoblado esfuerzo
trabajé todo el día;
con ahínco constante,
en el leño mordía
la piedra cortante.

Cuando el sol se ponía

di fin a mi trabajo
y fué la aspiración del mozo,
que calza abarcas
y lleva pelo largo;
labrado en leña buena
el airoso magado...

.....
.....

Con esfuerzo inaudito
trepé a la cima
de la roca bravía;
desde allí veía
la tierra toda
que corre el castellano.

A mi espalda de Tirma
la sagrada montaña
y, allá, en el mar,
el volcán de Alcorac,
que se viste de nieve,
tiene fuego en su cima
y echa, ufano, en las nubes,
orlado de centellas,
el humo de su entraña.

ARMINDA.—

(Aparte).

Alcorac rige el fuego
en el monte gigante
y con él marca el sino
de su pueblo.

BENTEJUI.—

(Con gran entusiasmo).

Blandiendo el arma nueva,
juré por Tirma
no dar paz a mi mano
hasta no ver a Tamarán
libre del yugo del cristiano.

ARMINDA.--

(Aparte con sobresalto).

Si por Tirma ha jurado
las piedras de este roque
reclamarán su sangre
o lo pactado.

BENTEJUI.—

Al tiempo que juraba,
sobre mi frente,
voló el águila altanera.
He aquí el presagio
de mi buena suerte:
hacia el ave agorera
lancé el magado,
que partió vibrando,
y, con el arma, vino
a dar en tierra
el ave agonizando.

(Con unción supersticiosa).

En la cima del monte del mar
vi, entonces, del Alcorac el fuego santo;
rompiendo nubes,
desgarrando cielos,
al ánima poníala en espanto.

ARMINDA.—

(Con exaltación).

Alcorac hizo el fuego
en la cima del monte
para mostrarse ufano
de tu anhelo...

BENTEJUI.—

(Con alegría).

En busca del faycán de Bentayga
iré mañana, antes que el sol alumbre;
le contaré mi hazaña y lo jurado;
le mostraré el trofeo que gané en la cumbre;
él echará sobre mis hombros
el sagrado tamarco del guerrero
y, así, entraré en la secta de los caballeros.

ARMINDA.—

(Se levanta rápida, toma a su hijo de la mano y lo conduce a la hornacina de los manes, ante la cual éste queda en actitud reverente).

¡Oh, espíritus gloriosos!
¡Oh, manes de la estirpe!,
que, adheridos al barro
de aquestas esculturas,
protegéis la familia
que vuestro honor fundara
y a través de los tiempos continuara
en descendencia ilustre
y en santidad estimada.

Ved en el hijo
de la carne mía
al digno descendiente

de los guayros de Acusa,
gloriosa dinastía.

(En invocación).

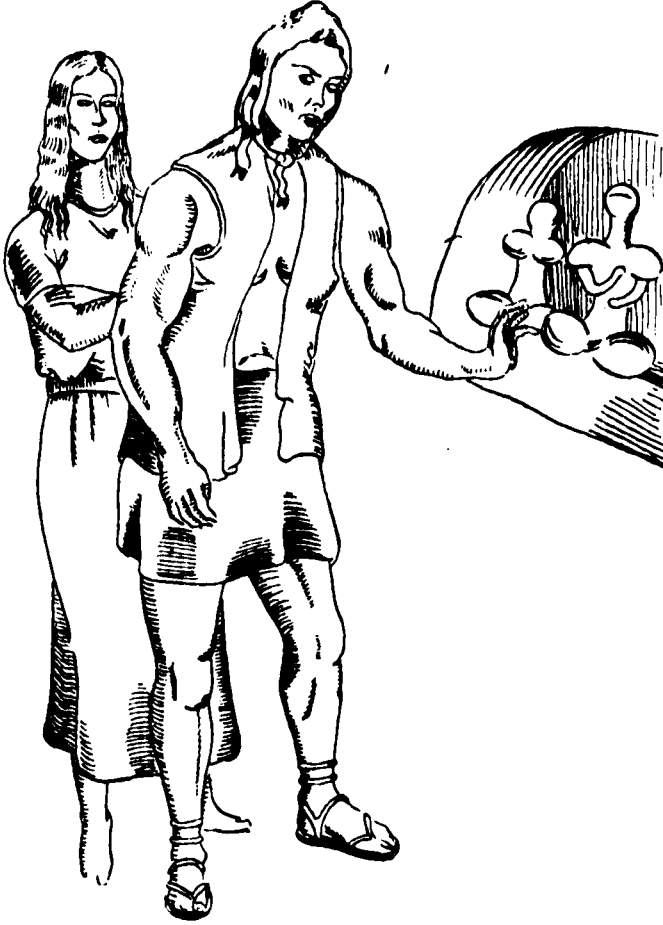
¡Del noble Bentaguayre,
óyeme espíritu...!
Traspasa a Bentejuí
tu jerarquía...
Por su hazaña y su anhelo,
en tu alto nombre,
la pintadera familiar
le entrego...!

(Hace entrega a Bentejuí del sello de barro que contiene grabados los símbolos familiares, que servía para estamparlos en la piel).

BENTEJUI.—

(Confuso y con veneración).

¡Oh, madre mía!
¡Oh, manes de la estirpe!
¡Oh, símbolos sagrados
de honrosa dinastía
en el barro grabados,
que, con sangre de dragos
y almagre de los riscos,
vais a ser estampados
sobre las carnes, recias,
de mi guerrera
y noble descendencia,
que a Tamarán liberte
y en sus valles aliente
la ancestral tradición
de mi ascendencia!



MASEQUERA.—

(Presentándole, ingenua, un tamarco nuevo).

Hermano mío:
Presintiendo este día
del cuero de la mocha,
muerta ya ha tiempo,
corté un tamarco
que en la fuente adobé
y con piedras bruñí.

BENTEJUI.—

(Contemplando el tamarco).

En las hordas guerreras,
con mi tamarco,
ocuparé el lugar
de nuestro padre.

MASEQUERA.—

De los hombres que luchan
levantarás los ánimos,
con su recuerdo
y el ardor de tu sangre.

BENTEJUI.—

Ante Agáldar, la santa,
humillaré al cristiano.

ARMINDA.—

Tamarán será libre
por tu mano.

BENTEJUI.—

Alcorac me protege;
haciendo en el Echeyde

su gran fuego,
de mis anhelos
se ha mostrado ufano.

(La orquesta comienza una lúgubre melodía sobre la que se desarrollan, por el foro, lamentos de plañideras sobre un fondo grave de bajos. El coro comienza en lejanía, aumentando en intensidad a lo largo del diálogo de la escena siguiente. Las mujeres 1.ª y 2.ª irrumpen, precipitadamente, en el escenario).

ESCENA IV

EL CORTEJO DE LOS MUERTOS

MUJER 1.ª—

(A Arminda).

¡Señora.....!
Un gran cortejo
sube a tu cueva.

MUJER 2.ª—

Dícennos que Tazarte,
de Telde el Gran Faycán,
viene a su frente
y con él Guayarmina,
la hija de Artemi.

(Momento de estupefacción. Todos se avalanzan a la entrada de la cueva).

BENTEJUI.—

(En soliloquio).

¿Qué querrán a estas horas en el valle
el gran Faycán de Telde y la Princesa?

MASEQUERA.—

Mirad cuan luce el valle
como el día
con la luz de las teas
encendidas.

ARMINDA.—

(Imponiendo silencio con sobresalto).

¿No escucháis el plañir
de las mujeres
que acompañan
los muertos
a sus tumbas?.

(Reconcentrada en sí misma).

¡Oh, sombras negras
de presagios tristes...!

(Dando una gran voz de alarma).

¡Si, ello es lo cierto.
En Agáldar venció ya
el castellano.

BENTEJUI.—

¿Madre... qué dices?

(Corre hacia el encuentro del cortejo seguido por Masequera y las mujeres. Arminda permanece en actitud abatida. Se oyen más cercanos los cánticos del coro. Arminda va reaccionando; situada en un lugar desde donde se supone que vé pasar el cortejo, toma la misma actitud solemne del principio del acto e incorpora su voz a la del coro).

CORO.—

(Cantando).

¡Oh, tristes muertos!

ARMINDA.—

En defensa de Agáldar inmolados.

CORO.—

¡Oh, lívidos despojos!

ARMINDA.—

Por extranjeras armas mutilados.

CORO.—

¡Oh, cuerpos yertos!

ARMINDA.—

En anchas parihuelas conducidos
a la vera del monte sagrado.

CORO.—

(Perdiendo intensidad por lejantía).

¡Oh, tristes muertos!

ARMINDA.—

Llorad, mujeres.

CORO.—

¡Oh, lívidos despojos!

ARMINDA.—

Corac os vala.

CORO.—

¡Oh, cuerpos yertos!

ARMINDA.—

Por vuestros hijos,
llorad mujeres
de Tamarán.....!

(El coro se extingue en una melodía a boca cerrada. Arminda permanece en su actitud ritual hasta la entrada del Faycán).

(Entra el Faycán acompañado de Bentejui y guerreros guanches que visten sus vistosos tamarcos y llevan en las manos sus magados. El Faycán habla pausadamente y con movimientos ampulosos, como corresponde a su extrema dignidad sacerdotal. En el tamarco, en colores blanco, negro y rojo, lleva pintado el símbolo del sol. Cuando se indique, entrará la princesa Guayarmina acompañada por Masequera y harimaguadas).

(Guayarmina es bellísima, alta y robusta; su rostro enmarcado por dos largas trenzas rubias que casi llegan al suelo. Viste una simple túnica color perla plegada a la cintura por un cingulo. Sobre la frente una diadema de brillantes ópreas. Le acompaña su fiel criada Tasirga).

(Las harimaguadas visten túnicas de color perla, terminando por detrás en amplia cola, llevan trenzas y se adornan con diademas de barro cocido y collares de concha y piedrecitas de colores).

ESCENA V

¡AY, DE LA CIUDAD SAGRADA!

(El foro se ilumina en rojo y hay olor acre del humo resinoso de las teas. Gran concurso de gente se supone fuera. Los personajes todos permanecen en el umbral de la cueva durante esta escena).

FAYCAN.—

(Recitando). (Encarándose con Arminda).

Llora tu Arminda,
de Bentaguayre esposa,
la pérdida de Agáldar.

ARMINDA.—

(Levantando los brazos en actitud de dolor).

¡Ay, de la Agáldar!

FAYCAN.—

(En son de pregón).

Perdióse Agáldar la santa,
Tamarán ya es conquistada,
el castellano profana
el túmulo de Andamana
y asentó su poderío
en la cueva de las leyes
y dió pienso a sus caballos
en las moradas reales
de los nobles Guanartemes.

TODOS.—

(Recitado en planos.—Con exagerados gestos de dolor).

¡Ay, de Agáldar, la real!

FAYCAN.—

Por los llanos del Aguete
viniera gran cabalgada,
llegaran guerreras gentes
por la costa de Lairaga.

TODOS.—

¡Ay, de la ciudad sagrada!

FAYCAN.—

Durmiérase Guanarteme
en el lecho de su amada;
sobre de la media noche
la ciudad fuera ganada.

TODOS.—

¡Ay, de Agáldar, la real!

FAYCAN.—

Con más de cien nobles guayres
los cristianos se lo llevan;
camino de sus reales
van arrastrando cadenas.

TODOS.—

¡Ay, de la ciudad sagrada!

FAYCAN.—

Luchando valientemente
la princesa rescatare;
huyéramos por el monte
a los altos de Arténara.

TODOS.—

¡Ay, de Agáldar, la real!

FAYCAN.—

En demanda de estos riscos
todo el día caminara;
la sangre de las heridas
la tierra coloreara.

TODOS.—

¡Ay, de la ciudad sagrada!

FAYCAN.—

Los que encontraron la muerte
trajéramos en compañía
porque, mirados, reposen
en las cuevas funerarias.

TODOS.—

¡Ay, de Agáldar, la real!

FAYCAN.—

No pasarán muchas lunas
sin que aquí lleguc el cristiano;
peleando moriremos
ante que vernos esclavos.

TODOS.—

¡Ay, de la ciudad sagrada!

FAYCAN.—

Perdióse Agáldar, la santa;
Tamarán ya es conquistada,
el castellano profana
el sepulcro de Andamana
y asentó su poderío
en la cueva de las leyes
y dió pienso a sus caballos
en las moradas reales
de los nobles Guanartemes.

(Se ve pasar por el foro la figura de Guayarmina, a quien van anunciandola los heraldos).

HERALDOS.--

Guayarmina, Guayarmina
la hija de Semidán.

GUAYARMINA.—

(Hablando consigo misma, con profunda nostalgia).

Si como cuando niña
yo pudiera...
Si como con la arcilla
moldeara...
de mi pueblo el alma...

HERALDOS.—

Guayarmina, Guayarmina
la hija de Semidán.

ARMINDA.—

(Saliéndole al paso).

En ti se concentra ahora
la vida de Tamarán.

GUAYARMINA.—

(A Tasirga).

En sus bárbaras costumbres
nuestro pueblo morirá.

ARMINDA.—

Salvara Alcorac tu vida
para estímulo nos dar.

GUAYARMINA.—

Salvárame, Dios, tan sólo,
por su infinita bondad.

ARMINDA.—

Confunda Alcorac al cristiano

GUAYARMINA.—

Salve Dios a Tamarán,

ARMINDA.—

(Señalando el camino de Bentayga).

De las harimaguadas en las cuevas,
que en las sacras laderas de Bentayga
virginales virtudes ejercitan,
propios hogares tendréis a vuestro rango.

(Inician todas las mujeres la salida).

MASEQUERA.—

(A Guayarmina).

¡Bella señora!
Dejadme a vuestro lado
de criada siquiera.

GUAYARMINA.—

(Rodeando a la niña con un brazo).

Para siempre serás
mi más fiel compañera.

(Salen Arminda, Guayarmina, Tastrga y Masequera por el foro derecho. Van precedidas por los heraldos y seguidas por los harimaguadas, que entonan una dulce melodía a boca cerrada, extinguiéndose en la tejania)

(Bentejui, que ha permanecido absorto en la princesa, inicia la salida, pero se queda al umbral de la cueva, donde, además, ha permanecido el Faycán con los guerreros 1.º, 2.º y 3.º en actitud abatida).

ESCENA VI

TU ERES EL ELEGIDO DE ALCORAC

(Voces de los heraldos fuera).

Guayarmina, Guayarmina
la hija de Semidán.

BENTEJUI.—

Guayarmina, Guayarmina
la hija de Semidán.
La Princesa rosa y grana,
la de la tez nacarina

como las conchas del mar;
la de los ojos verdosos,
la de labios de coral.

La de las trenzas tan largas
que al suelo van a llegar;
más parecieran espigas
que retorcidas están.

(Voces de los heraldos).

Guayarmina, Guayarmina
la hija de Semidán.

BENTEJUI.—

La que cantan los copleros
cuando de camino van.

(Hace una pausa hasta que, encarándose con el Faycán y sus acompañantes, se dispone a llevar a cabo, con ellos, el rito de la hospitalidad).

(En tono solemne).

¿Qué queréis, caminantes?

FAYCAN.—

Queremos el cobijo de tu cueva,
la leche de tus cabras
y el gofio de tus jarras.

BENTEJUI.—

Juradme por Bentayga
que sois puros...

.

¿Matasteis a la res
con vuestras manos?

FAYCAN Y GUERREROS.—

Por Bentayga juramos
que no es cierto.

BENTEJUI.—

¿Forzasteis la mujer
en despoblado?.

FAYCAN Y GUERREROS.—

Por Bentayga juramos
que no es cierto.

BENTEJUI.—

¿Al hombre disteis muerte,
de forma que no fuera
el honroso ejercicio
de la guerra?

FAYCAN Y GUERREROS.—

Por Bentayga juramos
que no es cierto.

BENTEJUI.—

(Invitándoles a entrar y señalando los asientos de piedra).

En los altos sitios familiares
descansad la fatiga del camino.

(Dirigiéndose a los manes).

¡Oh, espíritus gloriosos
que, desde un mundo ignoto,
veláis por la pureza
de la estirpe:
en vuestro nombre,

la alianza familiar ofrezco
a estos nobles hombres.

(Toma un vaso sagrado y vierte en él leche. Echa gofio en los zurrones de los caminantes y agua para que lo amasen. Los huéspedes beben la leche pasando el vaso de uno en otro y comen del gofio de los zurrones. Bentejui va hacia donde ha dejado su trofeo y permanece en muda contemplación, alejado del grupo, mientras tiene lugar el siguiente diálogo).

GUERRERO 1.º—

No pasarán muchas lunas
sin que aquí llegue el cristiano.

FAYCAN.—

Peleando moriremos
antes que vernos esclavos.

.....
Tamarán, Tamarán...!
la tierra de los Faycanes,
ya no serán en tus montes
los ritos ancestrales.

GUERREROS.—

Peleando moriremos
antes que vernos esclavos.

FAYCAN.—

Tamarán, Tamarán...!
la tierra de los guayres,
acabarán para siempre
las costumbres patriarcales.

GUERREROS.—

Peleando moriremos
antes que vernos esclavos,

FAYCAN.—

Tamarán, Tamarán...!
la tierra de los guerreros,
no enardecerá a las gentes
la nobleza de sus juegos.

GUERRERO 1.º—

No pasarán muchas lunas
sin que aquí llegue el cristiano.

FAYCAN.—

Peleando moriremos
antes que vernos esclavos.

BENTEJUI.—

(En solloquio).

Más que al Faycán de Bentayga
es a Tazarte a quien debo
mostrar este trofeo.

(Acercándose tímido y venciéndose bruscamente).

Escuchadme, señor:
¡Tu oído oiga,
oh, sacerdote!
Atiende del Alcorac
el alto sino.
Mira el trofeo
que gané en la cumbre.

FAYCAN.—

(Displicente, adivinando lo que pretende).

¿De qué te sirve ya
ser caballero,

ni vestir el tamarco
del guerrero?.

Tu sino, como todos,
es ser esclavo,
o morir a las manos
del cristiano.

BENTEJUI.—

(Con énfasis).

Antes cumpliera
un juramento
que por Tirma yo hiciera.

FAYCAN.—

¿Por la sacra montaña
qué has jurado?.

BENTEJUI.—

Librar a Tamarán
del castellano.

FAYCAN.—

Las piedras de aquel roque
reclamarán tu sangre,
o lo pactado.

BENTEJUI.—

¿Y qué importa, señor,
ser inmolado
en holocausto cruento,
antes que de extranjera gente
en oprobiosa esclavitud
verme forzado?

FAYCAN.—

En tu palabra está
tu recia estirpe.

BENTEJUI.—

(Relatando de un modo precipitado).

Al tiempo que jurara,
en el cielo,
el águila volara.

Al ave altanera,
mi magado,
con certeza, hiriera;
agonizando
viniera a dar en tierra.

Ví, entonces, de Alcorac
el fuego
en la alta cima
y, con mil resplandores,
surgiera un árbol
de vapores.

La voz del trueno resonara;
por el espacio,
tres veces, con fragor rodara.

FAYCAN.—

Mas, ¿no soñabas?
¿Tú sabes lo que vístes?

BENTEJUI.—

Despierto estaba.

FAYCAN.—

¿En la cima del monte del mar
el fuego santo?

BENTEJUI.—

Al tiempo que juraba.
(Mostrando de nuevo el trofeo).

Esta es la prueba
de que no soñaba.

FAYCAN.—

(Reaccionando rápido en expresiones de alegría).

¿Qué importa ya
la pérdida de Agáldar?
¿Por qué, cara a la muerte
y sin caudillo erramos?
Desechemos la horrible pesadumbre
de sentirnos esclavos.

¡Alcorac, Alcorac,
espíritu sublime,
tú nos eres propicio!

Si a Bentejuí distingues
con tu signo;
si te muestras ufano
de su anhelo,
haciendo en el Echeyde
tu gran fuego,
él llevará tu pueblo
a la victoria;
guanarteme será
lleno de gloria.

(La orquesta ataca en acordes briosos, marcando el ritmo de una marcha triunfal, se resuelve en notas agudísimas. Todos los personajes están poseídos de febril excitación).

(Cantado).

FAYCAN Y GUERREROS.—

¿Por qué, cara a la muerte

y sin caudillo erramos?
Desechemos la horrible pesadumbre
de sentirnos esclavos.

TODOS.—

Tú nos eres propicio...!

BENTEJUI.—

Si te muestras ufano
de mi anhelo.

TODOS.—

Haciendo en el Echeyde
tu gran fuego.

BENTEJUI.—

Yo llevaré tu pueblo
a la victoria.
Guanarteme seré
lleno de gloria.

(Recitado con fondo musical).

FAYCAN.—

(A los guerreros).

Hacia todas las gentes
id, caballeros:
decidles la noticia
de la buena nueva.

Hacia todos los guayres
despachad mensajeros:
«Cuando brille la luna
que es redonda,
junto al sacro Bentayga,

el Gran Faycán de Telde
convoca a Tagoror de Guanarteme».

Ruede por los barrancos,
del caracol marino,
el ronco eco,
y luzcan las montañas,
de las hogueras,
las claras luminarias.

GUERREROS.—

(Haciendo reverencia salen a la puerta de la cueva y lanzan el pregón).

Quando brille la luna,
que es redonda,
junto al sacro Bentayga,
el Gran Faycán de Telde
convoca a Tagoror de Guanarteme.

(Salen los guerreros).

FAYCAN.—

Noble mancebo
de la clara estirpe,
de Bentaguayre el hijo,
cuando la luna llene,
de Tamarán serás
el guanarteme.

BENTEJUI.—

Libre será mi tierra
del yugo del cristiano.
Alcorac, de mi anhelo,
se ha mostrado ufano.

FAYCAN.—

A Guayarmina tendrás
por noble esposa
y de tí nos dará
descendencia gloriosa.

BENTEJUI.—

Su belleza es el premio
de mi afán.

Voces de pregoneros.

(Los caracoles suenan a intervalos. En las montañas del fondo aparecen las hogueras).

El Gran Faycán de Telde
convoca a Tagoror
de Guanarteme...!

FAYCAN.—

Escucha, noble mozo,
del caracol marino
el ronco eco.

Mira por las montañas,
de las hogueras,
las claras luminarias:
proclaman a las gentes
tus futuras hazañas.

BENTEJUI.—

Guarda, Tirma sagrado,
mi santo juramento.

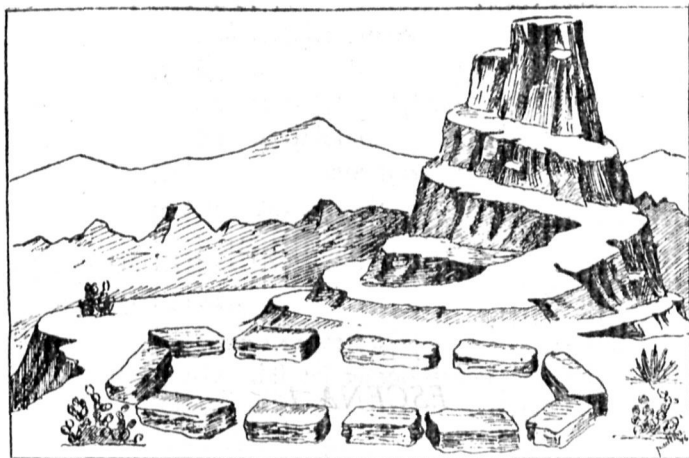
(Queda, como en éxtasis, mirando a las montañas).

FAYCAN.—

Yo seguiré tus huellas
paso a paso
y haré lo que tu hagas.

(Se repiten los ecos de los caracoles más frecuentemente. La orquesta, mientras cae el telón, describe una exaltada concentración de hordas).





CUADRO SEGUNDO

ESCENARIO

Alta planicie del monolito Bentayga. Este se levanta hacia el lateral derecha; escarpado e inaccesible, salvo por un camino, practicable, que gana su cúspide zigzagueando. Base rocosa y escalonada por las formas columnarias del basalto, cayendo hacia el lateral izquierda. En uno de estos escalones se supone el oráculo.

En el primer término, grandes piedras que son asientos para los miembros del Gran Consejo que va a celebrarse.

Un fondo de lejanías con sierras abruptas.

Luz violeta de atardecer.

El pueblo, encaramado en las rocas del segundo plano, canta las alabanzas de Alcorac.

Los guayros cuchichean y comentan junto a las piedras del Tagoror.

Las harimaguadas vienen en dos filas agitando palmas. Entre ellas están Guayarmina, Masequera y Tasirga.

ESCENA I

LOS GUAYROS, LAS VIRGENES Y
EL PUEBLO

CORO DEL PUEBLO.—
(Cantado).

Cantemos de Alcorac
las justas alabanzas;
del espíritu bueno
creador de las cosas
que alienta, eternamente,
la vida de la raza.

En el alto Bentayga
oye nuestros clamores.
Acepta las ofrendas:
de la leche
que manan las ubres
de las cabras;
de la miel

que roban a las flores
las abejas.

Muéstratenos propicio,
revélate al oráculo.
Del porvenir sepamos
por su oculto medio.

CORO DE LOS GUAYROS.—

(Murmurando entre sí).

Gime Guaydra
cautivo del cristiano;
del vil esclavo
la cadena arrastra.

Hoy es la luna llena
y el Faycán nos llama;
un mozo noble
de Alcorac vió el fuego;
nuevo caudillo
nos designa el cielo.

CORO DE LAS HARIMAGUADAS.—

Doncellas somos
de la noble stirpe;
madres seremos
de la hidalga casta;
de las santas mujeres aprendemos
la ciencia del hogar.

CORO DEL PUEBLO.—

(Comentando).

Son las doncellas
de la noble stirpe.

CORO DE LAS HARIMAGUADAS.—

Cuando llegue la luna
en que el esposo
me conduzca al lecho;
cuando luzca la aurora
del siguiente día,
si en la fuente me viéreis,
saludadme, mujeres,
porque la raza vive
en las entrañas mías.

Mientras tanto, los hombres,

(Los hombres vuelven la cara al paso de las doncellas).

no miréis al camino que llevamos,
que el deseo no manche mi pureza.

Sabed que de Alcorac
somos doncellas.

(Las harimaguadas, batiendo siempre las palmas, se colocan en torno al Tagoror, mientras Guayarmina, Tasirgu y Musequera permanecen en primer término).

(Recitado).

GUAYARMINA.—

(Con profunda tristeza).

Qué pobre sino
a la mujer le guarda
en la ley ancestral
de mis mayores.

Erame anoche yo;
flor de retama
me era yo.
Santas virtudes

enseñar ansiaba
como la flor
esparce sus olores.
Véome ahora yo;
de hiel amarga
me veo yo:
esposa triste
de obcecado mozo
alentando a mi pueblo
en la barbarie.

TASIRGA.—

(Tratando de consolarla).

Aleja de tu rostro
la tristeza.
Dios es muy sabio.

UNO DEL PUEBLO.—

(Señalando a la derecha).

Ya viene Bentejuí,
de Bentaguayre el hijo.

OTRO.—

Ese es el grande
que designa el cielo.

UN GUAYRO.—

Ya llega el mozo noble
que, de Alcorac, vió el fuego.

GUAYARMINA.—

Si a través de su alma
yo pudiera,
como el “tofió”

modela la alfarera,
a este pueblo forjar
en la fé nueva.

Entonces, fiel Tasirga,
con Bentejuí gustosa
compartiera
el lecho triste
que la ley me impone.

TASIRGA.—

Piensa, señora,
que solo cuando Dios lo quiera
rodará al barranco
el “tenique” que pende en la ladera.

ESCENA II

“EL TAGOROR”

(Por el lateral derecha aparecen Bentejuí, Faycán y Arminda que se dirigen al Tagoror).

BENTEJUI.—

(En tono de saludo).

Sansofé nobles guayros,
sabios faycanes;
guarde Alcorac el Tabor
de mis mayores.

FAYCAN.—

Hoy es la luna llena.

UN GUAYRO.—

Por todos los confines
tu mandato oímos.

OTRO.—

Junto al sacro Bentayga
nos hallamos.

OTRO.—

Para saber las nuevas
que has de darnos.
Habla Faycán:
el Tagoror supremo
ya te escucha.

(Todos van sentándose expectantes).

MASEQUERA.—

(A Guayarmina).

No se como te enojas,
gran señora,
viendo el esposo
que la ley te impone.

 Mi hermano Bentejuí,
de todos los mancebos,
él es el más gentil.

GUAYARMINA.—

Es bello el cuerpo,
pero el alma es fea.
Cuando de la fé nueva
conozcas las verdades
verás cuán valen más
las almas que los cuerpos.

FAYCAN.—

(En tono solemne al Tagoror. Bentejui permanece, con su madre, en el centro del Consejo).

Siempre es la noche
seguida por el día:
Cuando en el valle
se aquieta la tiniebla
y con "tabona" parece que el oscuro
cercenarse podría,
ya luce en la montaña
la clara aurora
y por el cielo rueda,
en la tierra esparciendo la alegría.

Huyérame de Agáldar, ya perdida;
caminara Guayedra hacia el destierro,
y en el alma, tinieblas de pesares,
oscuro de presagios, me traía.

Mas ¡ea!, que, en Acusa,
cuando llorar pensaba
la triste esclavitud de Tamarán,
en el pecho de nuevo amanecía
al saber los designios de Alcorac.

(Señalando a Bentejui).

Es este Bentejuí,
de Bentaguayre el hijo.
Desde Humiaga miraba
hacia la tierra nuestra
que corre el castellano,
y por Tirma juraba
librar a Tamarán
del yugo del cristiano.

Al tiempo que jurara,
sobre su frente,
el águila volara;
con el magado,
al ave derribara.

En la cima del monte del mar,
rompiendo nubes,
desgarrando cielos,
de Alcorac vió el fuego.

UN GUAYRO.—

¡De Andamana, la santa,
rezan las tradiciones!

OTRO.—

¡Hablando están ahora
las sabias predicciones!

OTRO.—

¡Al fin lo quiso el cielo;
para ejemplo tenaz
de las generaciones!

FAYCAN.—

(Solemne).

»Si de la frente egregia
»cayera la corona
»y el hueso del primero,
»de aquella mano recia,
»viniera a dar en tierra;
«fuego verá sobre la eterna nieve,
»al tiempo de su hazaña,

»el que el hueso recoja
»y la corona ciña.

ARMINDA.—

(Con exaltación).

¡Oh, Gran Consejo!
Alcorac hizo el fuego
en la cima del monte
para mostrarse ufano de su anhelo.

CORO DE LOS GUAYROS.—

Sin duda:
Bentejuí es el grande
que señalará el cielo.

BENTEJUI.—

(Con énfasis).

Para mostrarse ufano de mi anhelo
en la cima del monte del mar
hizo el gran fuego.

FAYCAN.—

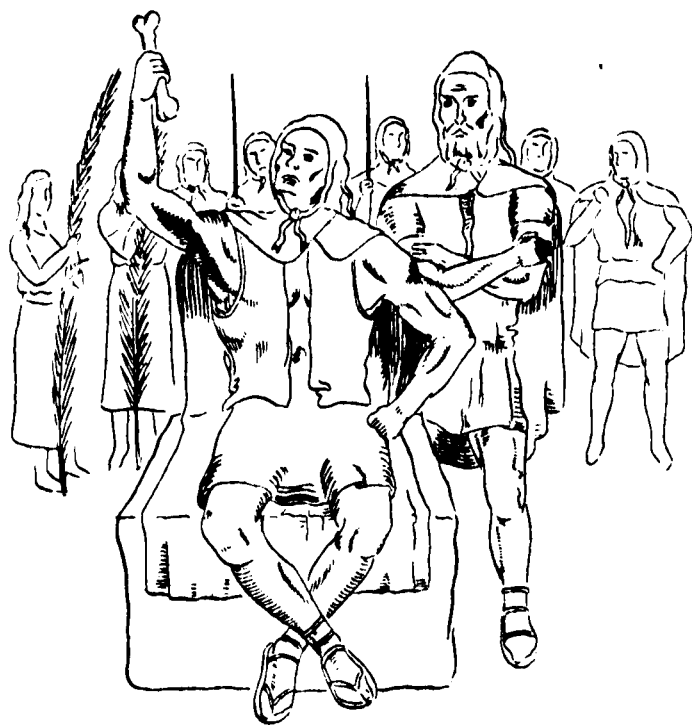
(Conduciendo a Bentejui al sitio preeminente).

Gime Guayedra cautivo del cristiano,
mas en su puesto Bentejuí se sienta.

CORO DEL PUEBLO.—

(En exclamación).

¡Nuevo caudillo habemos!



ESCENA III
LA ESPOSA POR LA LEY

(Comienzan las ceremonias de la coronación. Un guayro, el más anciano, presenta, al nuevo GUANARTEME, una tibia del fundador de la dinastía y éste la coloca sobre de su cabeza).

Por el hueso de aquel
que fué el primero
en ceñirse corona
y tener supremo mando,
de Tamarán las leyes
acatarlas juro.

(Gritando en tres direcciones).

¡Bentayga, Tirma, Ansite!
Oid mi juramento.

CORO DE LOS GUAYROS.—

(En actitud de sumisión).

Por el sagrado hueso,
que tienes en tus manos,
serte fieles vasallos
y eterno acatamiento
te juramos.

CORO DEL PUEBLO.—

(En entusiasta aclamación).

¡Salve, salve, Alcorac,
al grande entre los grandes!

FAYCAN.—

(Después de una pausa).

¡Oh, Tagoror supremo!
¿A quién dáis por esposa
del nuevo guanarteme?

CORO DE LOS GUAYROS.—

A Guayarmina, la hija
del Artemi Semidán,
porque por sus venas corre
la vieja sangre real.

GUAYARMINA.—

(Con gran confusión).

¡Ay, Tasirga,
llegó la triste hora!

TASIRGA.—

(Infundiéndole valor y haciendo la señal de la cruz sobre de su frente).

Vé serena, señora;
en Dios confía.

(Guayarmina avanza pesarosa hacia el centro del Consejo. El Faycán sale a su encuentro y la presenta a Bentejul, mientras ella se postra ante el esposo en acto de sumisión).

FAYCAN.—

(A Bentejul).

Tomad, señor, esta doncella
que la ley os señala por esposa.

(Bentejul toma, solemnemente, la pintadera y, mojándola en almagre, estampa sobre la frente de Guayarmina los símbolos familiares).

(La orquesta preludia una danza movida y primitiva y las harimaguadas, agitando las palmas, dan comienzo al baile de la coro-

nación. Dos doncellas visten al Guanarteme el tamarco real con los símbolos del sol, la tierra y el agua, pintados en rojo, blanco y negro, y otras dos le ciñen una corona de flores).

(Todos los concurrentes asisten en silencio y con gran respeto a esta danza, que tiene un marcado simbolismo religioso).

(Cuando las harimaguadas dan fin a la danza de la coronación, se organizan en fila y, tomando de manos de algunos hombres panzudas tallas llenas de leche y miel, colocándolas, graciosamente, sobre de sus cabezas, comienzan a ascender por el camino zigzagueante que conduce a la cúspide del monte Bentayga. Van cantando una melodía muy suave, con aire procesional, a la cual sirven de fondo las exclamaciones, en notas graves, del pueblo).

(Bentejui, llevando delante un noble con su magado, símbolo de su realeza, seguido por el Faycán, Arminda, Guayarmina y los miembros del Tagoror, sube a una de las más altas terrazas balsáticas, donde se encuentra el oráculo. El pueblo se postra a su paso y le saluda con el acostumbrado «SANSOFE», que se repite cuantas veces sea necesario para hacer el fondo grave y prolongado del canto de las harimaguadas).

(Cantado).

CORO DE LAS HARIMAGUADAS.—

La faz del polvo
que estas piedras cubre,
guarda las huellas
de los viejos ritos.

Subamos el camino
del sagrado monte;
llevemos a Alcorac
la santa ofrenda:
de la leche
que manan las ubres
de las cabras;
de la miel
que roban a las flores
las abejas.

Balan las jáiras
porque ya no hay pastos;
se agostaron las mieses
en los campos.

En las anchas jarras
rebañose el gofio,
las "yoyas" no lucen
en la estéril rama
del "mocán" bravío.

No danzan los nobles,
no lucha el guerrero,
tristes los pastores
no sacan las reses
del acarradero.

Ya por los caminos
no canta el coplero,
seca está la fuente,
yermo es el trigal;
tan solo cardones
retuercen sus brazos;
tabaibas amargas
en el Tabaibal;
verodes resecos
en el roquedal.

El vientre infecundo,
los senos exhaustos,
buscando raíces,
las mujeres van.
No arrulla la tórtola,
mustio está el pinar;
ciego, en las arenas,

monótono grita
el alcaraván,
y lloran fardelas
sus negros presagios
de esterilidad.

.....
.....

Tabaibas amargas
en el tabaibal,
verodes resecos
en el roquedal.

.....
.....

¡Alcorac, Alcorac!
Gimiendo está el pueblo,
remedia su afán.

(Desaparecen las harimaguadas por lo alto del monte sagrado).

ESCENA IV

LA PREDICCIÓN DEL ORÁCULO

(Transcurren unos momentos de gran expectación. Todos miran con anhelo a lo alto del monolito).

FAYCAN.—

¡Alcorac, Alcorac!

(Cantado).

CORO DEL PUEBLO.—

En el alto Bentayga
oye nuestros clamores.

FAYCAN.—

Revélate al oráculo;
del porvenir sepamos
por su oculto medio.

CORO DE LAS HARIMAGUADAS.—

(Desde lo alto).

Gimiendo está el pueblo
remedia su afán.

(Por los flancos del monolito comienza a caer la leche sobre la meseta del oráculo. El Faycán y los demás personajes siguen las evoluciones del líquido con comentarios y gestos de ansiedad; el pueblo se muestra con nerviosa expectación mientras el Faycán se dispone a leer el porvenir dando comienzo a sus predicciones).

(Recitado).

FAYCAN.—

¡Oh, Bentejuí!,
el grande entre los grandes;
¡oh, tú, el esclarecido de Alcorac!
Oye el presagio
que de tí se anuncia.
Diciendo tu destino
el oráculo está...

.....
.....

Veo alas blancas
flotando sobre el mar.

CORO DEL PUEBLO.—

(Comentando por lo bajo).

Alas blancas
sobre el mar.

FAYCAN.—

Los símbolos del fuego
revelándose están.

.....
.....

Ya surge de la guerra
el augurio fatal.

.....
.....

Y tras él la victoria
manifiéstase ya.

CORO DEL PUEBLO.—

(Con frenesi).

¡Fuego, guerra y victoria!

.....
.....

FAYCAN.—

De los hoyos sagrados,
el de Tirma está lleno;
de Bentayga y Ansite
mudo se encuentra el signo.

(En actitud de interpretar).

¿Victoria, guerra, fuego...?
¿Alas blancas, alas blancas...?
Es el ave, o la nave,
que al castellano trajo
sobre el mar...

.....
.....

Escucha, Bentejui,
el oráculo manda
en tu destino:

Corre al real del castellano,
preséntale batalla sin tardanza,
arrójale en el rostro
el polvo del camino.

Empuña, con coraje,
el magado en la diestra
y el fuego de la antorcha
en la siniestra mano.

Destruye vidas y derriba casas,
como barranco desbordado avanza,
las alas de las naves
con el fuego abrasa.

¡Tirma, Tirma es
de la victoria el sino!

CORO DEL PUEBLO.—

(Enardecido).

Corramos al real del castellano,
llevémosle la guerra sin tardanza.
De la pérdida de Agáldar
hagamos hoy venganza.

BENTEJUI.—

Mi suerte tú la has dicho,
gran Faycán.

(A los guerreros).

Oid, guerreros:
En esta misma noche,

cuando el lucero alumbre,
y resplandezca cual hoguera,
sobre los altos cerros de la cumbre,
iremos a buscar al castellano.

GUAYARMINA.—

(Interrumpiéndole bruscamente).

No; no, insensato,
no sigas un destino
que es incierto.

ARMINDA.—

(A Bentejui).

No tuerzas tu camino.

(A Guayarmina).

¿Cuándo la esposa
aconsejó al señor?

BENTEJUI.—

(Con ternura).

Comprendo, Guayarmina,
tus enojos;
espera mi regreso victorioso
y templaré de amores
el lecho frío
en que impaciente aguardas.

(Al pueblo).

Bajo el nombre de Tirma
haremos hoy la guerra

GUAYARMINA.—

(Refugiándose junto a Tasirga, con desaliento).

Ya ves, Tasirga,
que es todo irremediable.

TASIRGA.—

Calma señora:
aún está el “tenique”
pendiendo en la ladera.

BENTEJUI.—

(Tomando su magado de manos del noble que lo sostiene y agitando en alto).

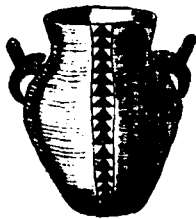
¡Atís Tirma!
¡Atís Tirma!
¡Atís Tirma!

CORO DE LOS GUAYROS Y PUEBLO.—

(Agitando los magados y girando las hondas en el aire).

!!! Atís Tirma...!!!

(Repiten esta frase, incesantemente, entre “agigides” y gritos de enardecimiento. Guayarmina y Tasirga, en primer término, observan con gran pesadumbre. La primera toma a Masequera estrechándola contra su cuerpo como si quisiera defenderla de un peligro).



TASIRGA —

Calma señora:
¡No está el tiempo
pendiendo en la labor!

BENTRUI —

(Tomado su magado de manos del noble que lo sostiene y agitando en alto)

¡Ais Tirral!
¡Ais Tirral!
¡Ais Tirral!

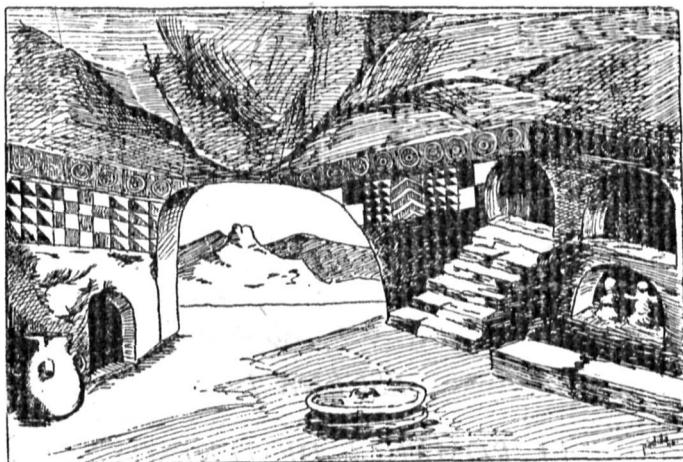
CORO DE LOS GUAYROS Y PUEBLOS

(Agitando los magados y girando los fondos en el coro)

¡Ais Tirral...! ¡Ais Tirral...!

(Repite esta frase, incesantemente, entre "agitados" y "giras de fondos".) Guayros y pueblos, en primer término, observan con gran prescuidado. En primera línea, a distancia estrecha, ésta contra su cuerpo como si quisiera detenerlo de un peligro.)





CUADRO TERCERO

ESCENARIO

La misma decoración del cuadro I. Es media noche y la luna baña de luz plateada el valle, haciendo resaltar las sierras, los monolitos y los barrancos profundos, con fuertes contrastes de luz y de sombras.

Guayarmina, Masequera y Tasirga están en escena. La primera absorbe en sus pensamientos, la segunda, desde el foro, contempla la belleza del valle y la última dormita en un rincón.

La orquesta ha hecho el preludio a base de un nocturno descriptivo de este paisaje, hosco y abrupto.

ESCENA I
EL ROMANCE DE TENESOYA

MASEQUERA.—

Bajo el fulgor de nácar
de la luna llena
todo duerme en el valle;
todo descansa...

.....

Por el barranco abajo
se huyeron las tinieblas;
los gigantescos roques
son mudos centinelas
que guardan, milenarios,
el laberinto hosco,
de retorcidas vueltas
y espantables recodos,
de la piedra.

Luz y sombras que luchan

en el perdido abismo;
junto a claros toscales
abren sus fauces negras
profundas barranqueras.

Desbórdanse las brumas
por los altos andenes;
desgarrada en airones,
remánsase la niebla
prendida en los salientes
de la piedra.

GUAYARMINA.—

(Yendo hacia Masequera).

¡Oh, qué noche más bella,
si el alma libre
de presagios fuera!

TASIRGA.—

(Con ánimo de entretener el sueño).

¡Queréis, señora,
que os cuente,
una vez más,
aquella historia
de tu prima
y mi dueña
Tenesoya?

MASEQUERA.—

(Con júbilo).

¡Oh, sí; buena Tasirga!

GUAYARMINA.—

¡Cuánto me place

oirla en esta noche.
Cuenta, Tasirga,
tu simpar historia,
que si mil veces
tú la refirieras
mil veces más
con gusto te la oyera
y, otras tantas,
al alma le placiera.

(Guayarmina y Masequera quedan en actitud de escuchar, y Tasirga comienza su narración).

TASIRGA.—

Tenesoya Vidina
era noble doncella
de belleza tan rara,
que de lejanas tierras,
para sólo admirarla,
apuestos y nobles guayros
llegábanse hasta Agáldar.

Por veredas y caminos
lo cantaban los copleros,
bien decían los rumores:
“Por Tenesoya, Guayedra,
adolécese de amores...”

.
.

En la playa de Lairaga
un día fuera a bañarse,
desnudo estaba su cuerpo,
de rosa y nácar las carnes;
vistiéralo el mar de espumas

porque las flores no mueran
y no enmudezcan las aves.

Mas, ¡ay!, que a nosotras llegan
cristianos muy escondidos
en los espesos juncuales.
Si quisiéramos huirnos,
más cristianos nos salieran
tras los altos peñascales.

Cercáranos en redondo,
con priesa nos apresaren,
que en la caleta vecina
oculta tienen la nave.

Con ricas telas cubrieran
nuestras muy desnudas carnes
y diéranos para adorno
aljófares y alifafes.

A mi señora Vidina
mejor compostura cabe
y un apuesto caballero
rendido a sus pies reales:

—“Devuélveme, tú, cristiano,
a mis padres y a mis lares”.

—“Desde muy lejana tierra
viniera hoy a buscarte;
la fama de tu belleza
prendiera fuego en mi sangre”.

—“Mira bien, tú, caballero,
lo que por mi honra haces”.

—“Serás reina de mi hogar
y de mis hijos la madre,
cristiana te tornarás,

hasta la muerte he de amarte”.
“Si princesa eres aquí,
entre tu gente salvaje,
dama serás entre mil,
señora de gran linaje”.

.....
.....

El viento riza las velas,
sobre el mar corre la nave;
en tierras de Lanzarote
acabara nuestro viaje.

.....
.....

En la villa de Teguisse
las campanas repicaran,
hiciérase fiesta grande,
que Tenesoya Vidina
con pompa va a cristianarse.
Luisa diéranle por nombre,
y a mí María del Carmen.

A la mañana siguiente
más tañeran las campanas,
que con Manció Betancor
Vidina va a desposarse.

Atambores y añafiles
suenan por calles y plazas,
caballeros en corceles,
damas muy acicaladas,
clérigos con sobrepellices
y en el coro gran corada.

Rica es la casta de hidalgos

de donde el novio proviene:
campos para pan sembrar
más de mil fanegas tiene,
ingenio de hacer azúcar
y majuelos de parral;
centenares de camellos
y, para les trabajar,
esclavos de morería
que en “razias” por Berbería
Betancor supo apresar.

.
.

Subido en alto peñasco
que en el porí se adelanta,
con voz furiosa y airada,
que del oleaje el ruido
domina de la mar brava,
gritárale Guanarteme
a los que en la nave estaban,
que por aquellas riberas,
al acecho, navegaba:
—“Devuélveme, castellano,
a la princesa robada”.
“Trigo te daré en rescate,
cuanto tus naos cargaran;
pieles darete de cabra;
te dejaré cortar pinos
conque tus casas techaras;
libres fueran los cristianos
que en las guerras apresara”.
“Si de aquí a la luna nueva

la princesa no tornará,
si tú, cristiano, alevoso,
a tu palabra faltaras,
despeñándolos de un risco,
a los presos bien matara”.

.....
.....

De arribada a Lanzarote
las nuevas se proclamaran
y Tenesoya Vidina
se siente muy consternada;
con pesadumbre en la cara
dijérale al que la amaba:
—“He de partirme, señor,
a mis lares de Canaria,
porque en los tristes cristianos
no cumpla el rey su palabra”.
—“Cuanto sintiera perderte,
Vidina, mi bien amada”.
—“Estad de mi amor seguro
que, mi misión acabada,
tornaréme a estos tus brazos
donde he sido desposada”.

El viento riza las velas,
sobre el mar corre la nave
y a Tamarán es tornada
la princesa que en Lairaga
por el amor fué robada.

.....
.....

Dice Guayedra a su gente

en las sus cuevas de Agáldar:

- » Hola, guayros de mi corte,
- » guardianes de mi morada:
- » convocad a grandes fiestas
- » que la princesa es tornada.
- » Vengan luchadores fuertes
- » de Telde y de Tiraxana;
- » honderos vengan de Aerucas,
- » de Aterura y Artenara;
- » hagamos lucidas justas
- » de piedras, palos y cañas.
- » Y para tí, castellano,
- » que has cumplido tu palabra,
- » el rescate prometido,
- » más si tuviera te daba;
- » entregaréte ahora mismo
- » los cristianos que apresara.
- » Que bailen los danzarines
- » y que luchen los guerreros
- » y vosotros, los cantores,
- » alegres cantos cantad,
- » a la princesa Vidina
- » parabienes mil le dad.

.

.

Por el camino que baja
a la costa de Lairaga,
contentos van los cautivos,
que Guayedra libertara,
derechos a se embarcar;
mas no la nao, con ellos,

a la mar presto se hiciera
que, so pretexto del trigo,
al paio permaneciera
al socaire del porí.

Allá por la madrugada,
con luz dudosa e incierta,
hartos ya de tanta fiesta,
los guardianes descansaban,
Tenesoya, de sus lares,
huyérase hacia la mar;
los perros que la guardaban
sus manos blancas lamieran
y a milagro se tuviera
dada su ferocidad.

—“Quédate con Dios, Tasirga,
para mi gente enseñar
la fé sublime de Cristo
que a todos nos salvará”.

—“Adiós, mi señora amada,
adiós, ángel de verdad”.

El viento riza las velas,
sobre el mar corre la nave
y a los brazos de su amado
Tenesoya ya se va.

(Guayarmina y Masequera se han quedado embelesadas oyéndola).

MASEQUERA.—

Qué extraña tu historia es.
A través de tu relato
un mundo nuevo presiento
lleno de felicidad

y un ansia en el pecho siento
de quererla yo gozar.

GUAYARMINA.—

Igual me pasara a mí
cuando, por primera vez,
a Tasirga se la oí.

MASEQUERA.—

Comparando nuestra vida
con la que se vive allá,
todo parece que aquí
se torna triste y mezquino.

GUAYARMINA.—

Comprenderás, Masequera,
que, siendo mozo gentil,
no quisiera para esposo
a tu hermano Bentejuí,
que, apegado a su barbarie,
había de uncirme a mí
a sus locos desvaríos
exaltando a nuestro pueblo
en bárbaro frenesí.

MASEQUERA.—

Y dime, buena Tasirga:
¿a Tenesoya su esposo
hasta morir la amará
en la forma que tú dices?

TASIRGA.—

Y aun de la muerte más;
porque al morir se los dos

su amor crecerá ante Dios
por toda una eternidad.

MASEQUERA.—

¡Oh, quién fuera Tenesoya!

(Irreflexivamente).

Busquemos la coyuntura
y huyamos las tres en una
del castellano al real.

GUAYARMINA.—

(Rápida, con entereza).

Eso jamás yo lo hiciera
sin que tras de mí se fuera
todo mi pueblo a entregar.

(Como hablando consigo).

Siendo yo la única princesa
de vieja sangre real
al rey de Castilla, otrora,
así me tocara hablar:

(Haciendo exageradas cortesías como si se hallara ante el rey).

Ved, señor, este mi pueblo
compuesto de nobles guayres
y pastores.

Que vencidos nunca fueron
porque en la lid pelearon
y murieron.

Que esclavos no quieren ser
ni en vil empleo cumpliros,
ni serviros.

Sólo quieren acatar
la religión que profesas
y que rezas.

Y en las gloriosas empresas
que a Castilla Dios procura,
servirte con la bravura
que en defenderse a sí mismos
emplearon.

VOZ.—

(Dentro, muy lejana y prolongada).

Agiiii..... gi..... gi... gi...

OTRAS VOCES.—

Agiiii..... gi.....

(Se suceden estas voces cada vez más nutridas, como gritos de triunfo. La orquesta describe un estado de bárbara alegría resolviéndose en acordes triunfales).

TASIRGA.—

(Con consternación).

Ya vuelve la triste horda
que acaudilla Bentejuí.

GUAYARMINA.—

(Sarcástica).

Ya hicieron matanza fiera.
Vencedores se proclaman,
sin llegar a comprender
que se echaron sobre sí
las iras del castellano,
y que, más tarde o temprano,

su fin será sucumbir
en la lucha sin cuartel.

MASEQUERA.—

(Meditando).

Vuelve vencedor mi hermano.
Mas, menguada está nuestra suerte,
que, si triunfó en la batalla,
su victoria nos aparta
del bien que esta noche ansiaba.

ESCENA II

LOS VENCEDORES

(En lo alto de la escalera de piedra aparece Arminda con muestras de júbilo, y reparando en las mujeres las increpa para que salgan a recibir a los vencedores, sin comprender el abatimiento de que dan muestras).

(A lo lejos, entre los incesantes "agigides", comienza a oírse la melodía marcial de los guerreros).

ARMINDA.—

Guayarmina, Guayarmina:
¿No oyes los "agigides"
con que las gentes proclaman
el triunfo del guanarteme,
vuestro esposo Bentejuí?

Y tú, joven Masequera:
¿No te emocionas, siquiera,
al grito de las hazañas
de tu hermano Bentejuí?

Y tú, Tasirga, la sierva:
Victorioso aquí se acerca
el señor de los señores,
vuestro dueño Bentejuí.

(Las mujeres permanecen abatidas; Arminda, cada vez más exaltada, se lanza a la entrada de la cueva, colocándose en el mismo sitio del primer cuadro, incorporando su voz al coro que canta un himno de victoria y se le supone congregado en las inmediaciones. Guayarina, Masequera y Tasirga forman grupo en el lateral izquierda, sobrecogidas ante la bárbara apoteosis).

(Cantado).

ARMINDA Y CORO DEL PUEBLO.—

(Himno).

Cantemos las hazañas
de los nobles guerreros.
Dejemos los hogares,
saltemos de los lechos;
vayamos al camino
que traen los vencedores.

Arrancad, las mujeres,
los niños de los pechos;
porque aprendan ahora
las hazañas heroicas;
porque vean sus ojos
el triunfante cortejo.

Traed la dulce “yoya”,
bebamos “charcequén”;
de las secas gargantas
apaguemos la sed.

Agitad bien en alto
la rama del laurel,

cubramos el sendero
con flores de "guaidel".

(Aparece Bentejui radiante de júbilo y acompañado de algunos guerreros que agitan sus magados en alto mientras beben, pasándose unos a otros las vasijas del "charcequén". Al aparecer en el umbral de la cueva, lanza, gallardamente, el pregón de su victoria; el pueblo, fuera, le aclama con agudísimos "aguides").

(Recitado).

BENTEJUI.—

Retintos los magados
en sangre de cristianos;
las carnes laceradas
por dolientes heridas;
jadeantes los pechos,
los rostros sudorosos,
ganamos la batalla
en lucha desigual.

(Se postra ante su madre, besando la orla de su vestido).

CORO DEL PUEBLO Y GUERREROS.—

Se ganó la batalla
en lucha desigual.

ARMINDA.—

Tú eres el elegido
de Alcorac.

BENTEJUI.—

(Yendo hacia Guayarmina).

¡Oh, Guayarmina!
Con mis ardores,
de lucha y de victoria,

hoy colmaré de amores
el lecho frío
en que impaciente aguardas,
y en el regazo dulce
de tu pecho
regustaré las mieles de la gloria.

GUAYARMINA.—

(Con entereza).

¿Y no sientes, señor,
serios temores?
¿Y no piensas, siquiera,
en la hora sangrienta
de la revancha fiera?

BENTEJUI.—

Alcorac me protege,
Tirma es mi sino.

GUAYARMINA.—

Con sus armas horribles,
vomitando fuego,
vendrá sobre tu pueblo,
implacable, el cristiano.

BENTEJUI.—

(Riendo)

Ardiendo está el real
del castellano.

(El pueblo, fuera, lanza exclamaciones de sorpresa).

GUAYARMINA.—

A tus nobles guerreros

en vil esclavitud
verás forzados.

BENTEJUI.—

(Señalando a un capitán castellano, prisionero, que aparece en el umbral).

Ese es mi esclavo.

(Toma a su madre del brazo y va a postrarse ante las figuras de los manes).

ESCENA III

EL PRISIONERO

(Entra conducido por el Faycán y guerreros, el Capitán D. Hernán Pérez de Guzmán. En calidad de prisionero, trae las manos atadas con fuertes ligaduras de cuero. Es joven y altivo, viste arreos de guerra).

GUAYARMINA Y MASEQUERA.—

(En suspenso).

¡Un capitán castellano!

TASIRGA.—

¡Dios le asista al caballero
don Hernán Pérez Guzmán!

FAYCAN.—

(Con grandes y exagerados gestos y en tono irónico).

Admirad la bella pieza
que se cobró en la refriega.
No más empezar la lid

salió del cubil muy fiera
y en nuestras manos cayó,
aunque, bravo y con ahinco,
el mozo se defendiera.

¿Dí qué hacemos, Bentejuí,
con tamaña adquisición?

BENTEJUI.—

(Indolente).

Por la victoria ganada
quisiera ser generoso...

(El pueblo y los guerreros murmuran).

FAYCAN.—

Aparta de tal ralea
toda generosidad.

(Va junto a Bentejuí y porfia con él con gestos violentos).

D. HERNAN.—

(Desprezativo).

Nunca un noble castellano,
vencido, pidió piedad.

(Las mujeres cuchichean, observándole).

MASEQUERA.—

Mirad cuán lucen sus trajes
con el color de las flores.

GUAYARMINA.—

(Por la reluciente coraza).

¿Y aquél tamarco brillante,
Tasirga, de qué será,
que parece que los soles

de toda una primavera
con sus rayos le vistieran?

D. HERNAN.—

(Absorto en Guayarmina).

Es ella,
no cabe duda,
la que ensalzan las espías
que frecuentan el real;
la que cantan los copleros
en sus endechas de amores...

GUAYARMINA.—

(Absorta en D. Hernán y hablando consigo).

¡Oh, qué feliz realidad
si el cuento de Tenesoya
en mí se cumpliera ahora,
a pesar del triste sino
que impone la adversidad!

TASIRGA.—

Dios le asista al caballero.

GUAYARMINA.—

(Con sobresalto).

¿Qué está tramando el Faycán?

MASEQUERA.—

(A Tastrga).

¿Cómo dices qué se llama?

TASIRGA.—

Don Hernán Pérez Guzmán.

BENTEJUI.—

(Después de una pausa, a los guerreros).

Llevaros el prisionero
al “mugarete” del valle;
preparadle buena cama
y dadle bien de comer;
guardadle en el laberinto
hasta que luzca la aurora
y entonces... dadlo al verdugo.

(Gestos de asentimiento en todos. Las mujeres quedan consternadas).

FAYCAN.—

Desde la más alta roca
que al sacro monte rodea,
será lanzado mañana
al abismo del barranco.

TODOS.—

(Con júbilo).

Agii..... gi..... gi.....

ARMINDA.—

(Con saña, a D. Herndn).

Que con la sed de venganza,
que a nosotros nos embarga,
beba tu sangre extranjera
la tierra de Tamarán.

(Se repiten los “agigides” mientras los guerreros se llevan al prisionero, siguiéndole el pueblo con gestos de mofa).

ESCENA IV
“EL ARDID”

(Quedan en escena Bentejui, Arminda, el Faycán, Guayarmina, Masequera y Tasirga. Los tres primeros en grupo aparte. Las tres segundas, siguen maquinalmente al prisionero hasta la entrada de la cueva, donde quedan mirando hacia fuera en actitud abatida).

GUAYARMINA.—

¡Oh, Dios,
qué horrible suplicio!
¿Qué hacer para bien librarle
de que no muera, Señor?

(Queda un momento cavilando).

¡Ya está!
Corre Tasirga, ligera,
al “mugarete” del valle;
canta en su torno decires
en la su habla extranjera
y así, con gran disimulo,
refiérole la manera
en que habrá de desasirse
del laberinto de piedra.

Si alguno de los guardianes,
desconfiado, te inquiriera,
le dices que yo te encargo
te mofes del prisionero
en la su habla extranjera.
Corre, Tasirga, ligera.

TASIRGA.—

(Saltando rápida).

Como tú mandas, señora,
tu sierva lo cumplirá.

(Guayarmina queda junto a Masequera, hablando con ella sobresaltada).

FAYCAN.—

(Desprendiéndose del grupo de Bentejui y Arminda y mirando hacia fuera de la cueva, bostezando).

Ya va cayendo el lucero.

BENTEJUI.—

(Acercándose a Guayarmina).

Y bien reclaman el lecho
nuestros muy cansados cuerpos
en la refriega maltrechos...

.....

(A Guayarmina, en tono enamorado).

¡Oh, Guayarmina, mi amada!
¿Qué triste augurio se cierne
sobre mi encendido amor
que cuanto más os deseo
más parece que el destino
quiere apartarme de vos?

GUAYARMINA.—

(Irónica).

No es el destino, señor.
Serán los graves cuidados
que vuestro cargo os inspira.

BENTEJUI.—

(Apasionadamente).

Mas, como pino entre nieblas,
que en alto risco suspira
por la palmera gentil,
cuando, lejos, la divisa
en la cálida solana
toda bañada de luz;
así clama Bentejuí
por su bella Guayarmina.

Pero esta noche por fin...

(La toma de la mano).

GUAYARMINA.—

(Aparte).

¡Apiádate, Dios, de mí!

(Van caminando hacia la escalera de piedra).

ESCENA V

PARA GANAR HIDALGUÍA

(Aparece en escena Benafre, joven tonsurado de aspecto atlético que trae de la mano a su esposa Nusac, también villana, casi una niña).

BENAFRE.—

No tiembles, Nusac, así.
Ya verás que el Guanarteme
es amable y es gentil.

NUSAC.—

(Temblorosa).

Mas, siempre soñado había...

BENAFRE.—

¿Qué importa que hoy seas de él?
Ya mañana serás mía;
si con ello, por la ley,
he de ganar hidalguía.

BENTEJUI.—

(Sorprendido, dejando a Guayarmina).

¿Qué queréis en mi cueva
en la alta noche?

BENAFRE.—

(Reverencioso).

Proteja Alcorac la vida
del mayor entre los grandes.

.....
Yo soy Benafre, señor,
batallador de tus huestes,
de villana condición.

Esta es mi esposa Nusac
que aun ostenta, como ves,
la diadema virginal;
sus padres me la entregaron
en premio a mi valentía,
y yo os la vengo a ofrecer
para ganar hidalguía.

BENTEJUI.—

(Rechazándole rápido).

 Mi lecho está ya ocupado
 por la que más amo yo.

BENAFRE.—

(Insistiendo y rasgando la zamarrilla que cubre su pecho).

 Observa, señor, mis carnes
 de cicatrices hendidas;
 mira mi mano, señor,
 por la honda encallecida.
 En cien batallas me hallara
 exponiéndome la vida
 por salvar a Tamarán.

 Fuí hondero
 del Gran Doramas;
 de Adargoma
 el escudero
 y a Bentaguayre,
 tu padre,
 en Aerucas,
 vi morir.

 ¿Dime, señor, si no tengo
 razones de mucho peso
 para ganar hidalguía?

(Queda postrado, implorante, ante Bentejui. Este va hacia Guayarmina, pero el Faycán le detiene en el camino).

FAYCAN.—

(Sigilosamente).

 No debes oponerte a sus deseos.
 Si no aceptas la virgen que te ofrece
 a muerte te odiarán los tonsurados.

(Bentejui titubea, quiere volver a Guayarmina, la mira tierna-

mente, pero el Faycán le empuja hacia el grupo de Benafre y Nusac).

BENTEJUI.—

(Cediendo).

Alza del suelo, villano,
dame a tu esposa Nusac.

(Toma a Nusac de la mano sin apartar la vista de Guayarmina. Inicia la subida de la escalera a pasos muy lentos, con pesadumbre. Guayarmina permanece con la cabeza baja, encendida de ira y despecho. Bentejui quiere hablar pero no acierta a decir. Nusac le sigue temblorosa. Desaparecen por la cueva alta. Todos los personajes se miran expectantes).

BENAFRE.—

(En explosión de alegría).

Dadme albricias, Gran Faycán.
Mañana seré el hidalgo
que pueda calzar abarcas
y llevar el pelo largo.

Quedó el villano Benafre
en el lecho de su esposa,
junto a su virginidad;
dadme albricias, Gran Faycán.

Mañana Benafre el noble
por siempre seré llamado
y trocaré la vil honda
por el airoso magado.

Cuando venga a mí de nuevo,
mi bella esposa Nusac,
lucirá sobre su frente
los signos de mi nobleza

por Bentejuí señalados.
Dadme albricias, Gran Faycán.

(Se va).

(El Faycán y Arminda inician su salida, cavilosos; el primero hacia el lateral derecha y la segunda hacia la cueva alta. Masequera y Guayarmina permanecen absortas).

ARMINDA.—

(A Guayarmina y Masequera).

¿No venís a descansar?

GUAYARMINA.—

(Con brusquedad).

Lo que resta de la noche
lo preferimos velar.

(Se sienta en el banco de piedra, llorosa, mientras Masequera la contempla participando de su angustia).

Si hasta ahora fué tan sólo
aversión para tu hermano,
de aquí en adelante es odio
que se apodera del alma,
que va tejiendo rencores
que corroen las entrañas,
y buscan las ocasiones
de ejercitar la venganza...

.....
¡Ah, mi joven Masequera!
Tú no puedes comprender
esta horrible pesadumbre
con que lacera el despecho
el alma de una mujer.

(Con indignación).

Bárbara ley ancestral
que así mancillas el lecho
que el cristiano dignifica
con santo amor conyugal.

(Reaccionando rápida).

Mas no perdamos el tiempo,
corramos las dos al valle.

MASEQUERA.—

Y busquemos a Tasirga
y huyamos las tres, en una,
del castellano al real.

GUAYARMINA.—

Lo que nos importa ahora,
es salvar al caballero
don Hernán Pérez Guzmán.

(Van hacia la entrada, donde se encuentran con Tasirga).

ESCENA VI

LIBRE ES EL PRISIONERO

(Entra Tasirga con precaución).

TASIRGA.—

¿Estáis solas?

GUAYARMINA.—

Solas estamos.

(Ansiosamente).

¡Libróse, al fin, don Hernán?

TASIRGA.—

Del laberinto de piedra,
libre está ya el capitán.

GUAYARMINA.—

¿Le has indicado el camino
por donde pueda llegar
que no le sorprenda el día
a los muros del real?

TASIRGA.—

Se lo he indicado, señora,
mas no ha querido marchar
sin veros de nuevo a vos
y está escondido ahí detrás.

GUAYARMINA.—

(Con sobresalto).

¡Oh, Dios, qué gran desatino!

(A Don Hernán, que aparece).

¡Qué imprudencia, capitán!

DON HERNAN.—

Mayor desatino fuera
para un noble castellano,
de la casa de Guzmán,
marchar sin antes rendiros



el homenaje que os debo,
y que reclamando están,
a un tiempo, vuestra belleza
y vuestra hospitalidad.

GUAYARMINA.—

¿Pero en el mismo cubil
donde duerme Bentejui?

(Con angustia).

Iros presto, caballero,
que la aurora cerca está,
y las salidas del valle
de noche habéis de ganar.
Es el camino muy largo
y os pudieran apresar
antes de veros seguro
al amparo del real.

DON HERNAN.—

¿Queréis escucharme al fin?

GUAYARMINA.—

(Cediendo).

(A Masequera).

Las cuevas altas celad.
Y tú, Tasirga, vigila
el sueño del Gran Faycán.

(A don Hernán).

Ya os escucho; comenzad.

DON HERNAN.—

Quando de Castilla vine

a Canaria a guerrear
a los copleros oyera
este romance cantar.

.....
» Tiene Agáldar un tesoro
» que guarda el rey Semidán.
» Azules color del cielo
» y nácares de la mar,
» dorados de las espigas
» y encarnados del coral.
» Guayarmina es el tesoro
» que guarda el rey Semidán».

.....
La fama de la belleza,
que la copla pregonaba,
forzóme a que a las espías
con afán les inquiriera
y las espías dijieran
lo que cantaba el juglar
y sobre ello añadieran:
» Tiene un alma Guayarmina
» más pura que las espumas
» que en la playa deja el mar».

.....
Desde entonces os ansío
y os amo, señora mía,
y peleando viviera
presintiendo que algún día,
al final de una refriega,
os pudiera contemplar.
Y ved que ha sido el destino

indulgente con mi afán:
Que os hube de conocer
al tiempo de sentenciado,
y gracias a vuestro ardid
de la muerte me he librado.

Así es que os debo la vida,
y ello más me ha de obligar
a rendiros mis amores,
y sin tregua pelear
hasta que, unida a Castilla
la suerte de Tamarán,
vos, princesa de Gran Canaria,
la habéis de simbolizar...

GUAYARMINA.—

(Interrumpiéndole).

Caballero castellano,
de tamarco refulgente
como los rayos del sol...

DON HERNAN.—

Princesa del Guanarteme,
tesoro de Semidán...

GUAYARMINA.—

Cuando suenen los clarines
por las hondas barranqueras.

DON HERNAN.—

Cuando tremole el alférez
el estandarte real.

GUAYARMINA.—

Cuando, abrazada a Castilla,
cristiana sea Tamarán.

DON HERNAN.—

(Iniciando la salida).

A su dama Guayarmina,
don Hernán vendrá a buscar.

(Se va).

(Guayarmina se vuelve gozosa hacia sus compañeras y, al encontrarlas dormidas, queda en el centro de la escena como regustando las últimas palabras de D. Hernán).

GUAYARMINA.—

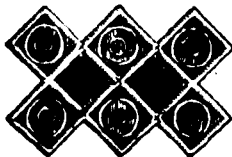
A su dama Guayarmina,
don Hernán vendrá a buscar.

(Comienza a caer el telón lentamente).

VOZ DEL JUGLAR.—

(Dentro).

Tiene Agáldar un tesoro
que guarda el rey Semidán.



GUAYARMINA

Comandante General de Armas
de la Provincia de Guayaquil

DON JUAN

A su Excelencia
don Hernando Cortés y Pizarro

(2)

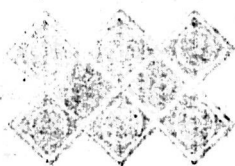
Comandante General de Armas de la Provincia de Guayaquil
don Hernando Cortés y Pizarro

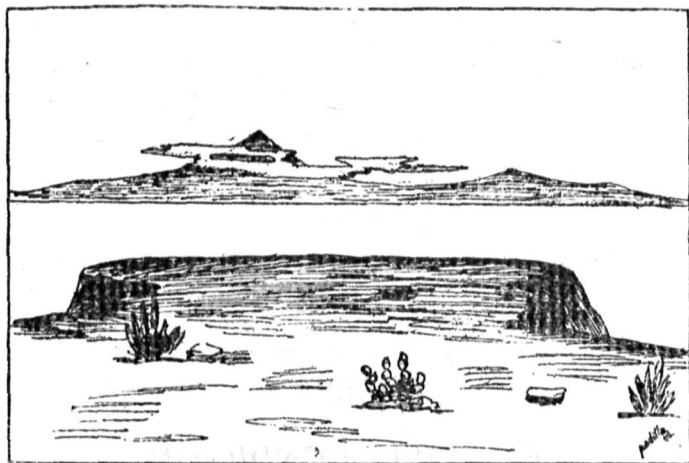
GUAYARMINA

A su Excelencia
don Hernando Cortés y Pizarro

VON DEL JUGLAR

Tiene a su cargo el Tesoro
de la Real Audiencia de Quito





CUADRO CUARTO

ESCENARIO

En primer término amplia plataforma en lo alto de la montaña de Tirma, que se supone tajada por el fondo sobre el mar, el cual se ve intensamente azul, luciendo en el horizonte la silueta, violácea, de la isla de Tenerife con el Teide escalando las nubes.

Por el lateral izquierda se advierte la existencia de un profundo barranco y la ladera del monte, agria y escarpada. Por el derecha se supone continúa la meseta con fácil acceso.

Al levantarse el telón algunos guerreros canarios se ocupan en reponer sus armas, que tallan en trozos de basalto; otros ruedan grandes piedras, algunas horadadas y atravesadas por gruesos troncos de pino, asomándolas a la fuga del risco, sobre el barranco. Todos tienen marcado signo de fatiga y hambre.

ESCENA I
EN TRISTE CONDICION

GUERRERO 1.º—

Es triste la condición
en que el cristiano nos puso.

GUERRERO 2.º—

Más que el cristiano dijeras
nuestro señor Bentejuí.

Con ahinco y con tesón
el cristiano hace la guerra,
es ese su pundonor,
mas, ¿quién con terca razón
nos obliga a sucumbir
en la lucha desigual?

GUERRERO 1.º—

Dices bien, nuestro señor.

GUERRERO 2.º—

Diez lunas están corridas
sin descanso y sin cuartel,
de monte a monte trepando,
acuciados por la sed,
de la noche haciendo día
y sin tener que comer.

Los “guirres” van delatando
nuestra triste caravana;
a cientos vienen volando
tras un seguro festín.

Hoy son dos, mañana tres,
los que atrás se van quedando
y a orillas de los veredos
y entre los altos andenes,
lucen blancas osamentas
y espantables calaveras,
que nos están pregonando,
ciertamente, nuestro fin.

GUERRERO 3.º—

(Increpando al segundo).

Mas deja de murmurar
que no es oficio de nobles,
piedras tienes que entallar
de la roca de este monte.

¿No estuvistes en Bentayga
cuando el oráculo habló?
El sino de nuestra guerra
en Tirma se señaló.

Pues que, gracias a Alcorac,

en Tirma nos encontramos,
en la protección del cielo
es menester que confíes;
de aquestas rocas sagradas
labra tus armas ahora
y, con ellas, vencerás.

GUERRERO 2.º—

(Sarcástico).

¿Mis armas? Son pobres piedras.
¿De qué sirve la tabona
contra la tajante espada?
¿Y qué puede la vil honda
contra el terrible cañón?
¿Has visto con qué presteza,
a un hombre,
de parte a parte atraviesan,
cuándo se acercan silbando,
las flechas de las ballestas?

Por mucho influjo que tengan
del sagrado de Alcorac,
de nada valdrán tus piedras
contra las armas cristianas
que tienen el maleficio
de cualquier genio infernal.

GUERRERO 3.º—

(Señalando a las grandes piedras con los pinos atravesados).

Deja ya de murmurar
y contempla el artificio
que ha ideado el Gran Faycán,
pues si armas infernales

tiene el cristiano a su antojo,
cuando por esas laderas
corra, en avalancha fiera,
el "tenique" que atraviesa
el grueso tronco de tea.
¿No parecerá que en él
las furias van cabalgando?

Cuando rueda con fragor,
de roca en roca saltando,
y densa nube de polvo
tras de sí vaya dejando.
¿Quién se pondrá en su camino,
que aplastado no sucumba
y a la avalancha se una,
no cesando de rodar
hasta el profundo barranco?

ESCENA II

EL SINO DE TIRMA

(Por la derecha aparecen Bentejul y el Gran Faycán. El primero visiblemente abatido).

BENTEJUI.—

Henos en Tirma, por fin,
después de tanto revés.

FAYCAN.—

Henos ya en el sacro monte
donde se ha de cumplir
la predicción del oráculo.

No desmayes, Bentejuí,
que hoy es nuestra la victoria
y con ella dará fin
la guerra que nos consume;
pues que el castellano quiere,
con tan tenaz seguimiento,
venirnos a desafiar
al sagrado de Alcorac,
ten por cierto
que en este agrio paraje
se está labrando su tumba.

BENTEJUI.—

No hay dilema en la elección:
O se gana esta batalla,
o es fuerza que Tamarán
al extranjero sucumba.

FAYCAN.—

No sucumbiré jamás.

(Va hacia los guerreros).

¿Ya tenéis prestas las armas?

GUERRERO 3.º—

Las armas prestas están.

FAYCAN.—

¿Y en los sombreros del risco
habéis puesto los espías?

GUERRERO 3.º—

Cual cernícalos que otean
desde lo alto la presa,

así los espías miran,
alongados al abismo,
y, cautelosos, acechan
del castellano las vueltas.

(Queda el Faydn con los guerreros examinando las armas y dándoles instrucciones con exagerados gestos).

BENTEJUI.—

(En solloquio).

Ya has llegado, Bentejuí,
al término del camino;
ya te has puesto frente a frente
y a solas con el destino.

El pueblo te mira hosco
achacándote sus males,
y el amor de Guayarmina,
que tu soñabas con él,
desvaneci6se en quimeras
y despechos de mujer.

Tan sólo te resta, ahora,
el juramento empeñado
que reclamando ya está
este monte consagrado
al designio de Alcorac.

ESCENA III

LA ULTIMA BATALLA

(Se oye un fuerte clamor por el lateral derecha. Aparecen gran número de mujeres de aspecto famélico y andrajoso. Algunas traen

a sus hijos, otros casi se arrastran al andar. Todas van postrándose ante Bentejúl en actitud implorante. Con ellas vienen Guayarmina, Tasirga y Masequera, que quedan formando grupo sobre el lateral derecha. Arminda, sola sobre el lateral izquierda. Dos o tres mujeres con tallas y gánigos se dirigen a unas rocas humedecidas tratando, con gran ansiedad, de recoger agua).

(Cuando se indique coro, será recitado en masas escalonadas en tono decreciente, terminando en eco).

UNA MUJER.—

¡Señor, no tenemos gofio,
ni tan siquiera raíces!

CORO.—

Nuestras familias, deshechas;
nuestros hogares, en ruina.

.....

OTRA MUJER.—

Mis pechos están exhaustos.
El hijo se me murió
por no tener que comer.

OTRA.—

Mi padre, en aquel andén,
fué ayer pasto de los “guirres”.

OTRA.—

Mi madre, loca de sed,
se tiró por aquel risco.

OTRA.—

Nuestras famélicas carnes
de día las quema el sol,
de noche las curte el frío.

LAS QUE ESTAN EN LA FUENTE.—

(Dejando caer las tallas al suelo con estrépito).

¡No hay agua en la fuente ya!
Implacables la secaron
los calores del estío.

CORO.—

Implacables la secaron
los calores del estío.

BENTEJUI.—

(Profundamente exaltado y fuera de sí).

¡Atrás, atrás las sombras
de los presagios negros!
Atrás las "tibisenas"
de los augurios tristes,
para hacer vuestro aquelarre
malos pasos elegísteis.

CORO.—

No tenemos que comer,
ni tan siquiera raíces.

BENTEJUI.—

¡Callad, sombras!
Ya os escucho,
impacientes, reclamando
el juramento que hice.

(Con frenesí).

La sangre la tengo ardida
y me quema el corazón

el ansia de ver cumplida
de Alcorac la predicción.
¡Tirma! ¡Tirma es,
de la victoria, el sino!

GUAYARMINA.—

(Hablando consigo).

Ya vas, necio, tras la muerte,
de nuevo, al pueblo arrastrando.

ARMINDA.—

(A Bentejui).

No cejes en tu empeño;
sigue la ruta
que te indujo el cielo.

CORO.—

Nuestras familias deshechas,
nuestros hogares en ruina.

(Se oye un silbido largo y estridente. Todos quedan sobrecogidos con esa emoción propia de los grandes peligros. Los guerreros se rehacen y corren en busca de sus armas. Algunos se asoman al risco haciendo visera con la mano extendida sobre la frente).

GUERRERO 3.º—

Avisando está la espía
que se acercan los cristianos.

FAYCAN.—

(Imponiendo quietud).

Que nadie ahora se mueva
hasta que lo mande yo.

BENTEJUI.—

Llegó el momento supremo,
de la santa predicción.

A mí los nobles guerreros,
vuestras armas preparad,
y los villanos honderos
vuestras hondas aprestad;
ha de verse el castellano
diezmado en este lugar.

(Los guerreros, dominados por la emoción del combate inminente y llenos de impaciencia, se mueven rápidos y nerviosos; hablan en voz baja, gesticulan, preparan las armas y acechan tras los salientes, algunos tumbados boca abajo, los movimientos de los castellanos, cuyas huestes se supone que vienen escalando la ladera escarpada de la izquierda).

(La orquesta, en un amplio fondo musical, describe todo este complejo).

GUERRERO 1.º—

Escalando los andenes
ya se acercan los lanceros;
brillan sus armas al sol.

GUERRERO 2.º—

Tras los pasos escondidos
se apostan los ballesteros,
tensas las cuerdas del arco
dispuestas a disparar.

FAYCAN.—

Dejadlos que, bien confiados,
vayan el monte trepando;
id vosotros preparando
las piedras del artificio.

BENTEJUI.—

¿A qué esperas, Gran Faycán?

FAYCAN.—

De la guerra en el oficio
gana quien sabe esperar.

(Se oyen dentro los clarines).

GUAYARMINA.—

Ya se oyen los clarines
por el barranco sonar.

TASIRGA.—

(Intencionada).

El “tenique”, en la ladera,
está a punto de rodar.

MASEQUERA.—

(Asomándose a la fuga del risco).

Entre apuestos caballeros
va el estandarte real.

GUAYARMINA.—

Ya viene por Guayarmina
el capitán don Hernán.

TASIRGA.—

(Cayendo de rodillas en oración).

Mañana será cristiana
la tierra de Tamarán.

(Guayarmina queda también junto a ella en actitud de orar. Masequera, indecisa unos momentos, se decide a imitarla).

(Arminda se coloca sobre una roca del centro de la escena y toma su característica actitud de sacerdotisa. Las mujeres la rodean).

GUERRERO 1.º—

(Al Faycán).

Señor, señor, que aquí mismo
están las huestes cristianas.

GUERRERO 2.º—

En los “verodes” del risco
las saetas ya se clavan.

GUERRERO 1.º

Y se oyen, allá abajo,
las cervatanas tronar.

FAYCAN.—

(Con decisión).

Pues soltad los artificios,
con ellos vaya Alcorac.

(Los guerreros empujan los grandes peñascos de cuyo fragor, al rodar, se hace eco la orquesta. Vienen muchos guerreros que giran las hondas lanzando piedras).

BENTEJUI.—

Echadlos por las pendientes
donde más estragos hagan.
¡Adelante los guerreros
de la última batalla!
¡Los que oísteis en Bentayga
de Alcorac la predicción!
¡Los que blandiendo magados
atravesáis los tamarcos
que relucen como el sol!
¡Los que voltean las hondas,
con brazo fuerte y seguro,

lanzando piedras tan recias
como la pella de hierro
que, al tronar, pare el cañón.
¡Tirma, Tirma es
de la victoria el sino!

(La orquesta, mientras las figuras de los guerreros se mueven y simulan la batalla va describiendo ésta a todo metal, mientras la cuerda acompaña a Arminda y coro, en el canto que sigue):

GUERREROS.—

Atís Tirma...

.

ARMINDA.—

(Tomando la actitud de conjuro).

¡Atrás las “tibisenas”
de los augurios tristes!

CORO.—

No tenemos que comer
ni tan siquiera raíces.

ARMINDA.—

Para hacer vuestro aquellarre
malos pasos elegisteis.

.

GUAYARMINA.—

(Orando desde el primer término).

Que de los ojos velados
caigan los velos, Señor.

(Cantado).

ARMINDA.—

Libre sea el hombre

del influjo insano;
venza el guerrero
por virtud del conjuro
de mis manos.

(Recitado).

GUAYARMINA.—

Que miren los horizontes
donde se asienta Castilla.

(Cantado).

ARMINDA.—

Amanezca la victoria
en la noche de la guerra;
danos, Alcorac, la gloria
de diezmar al invasor.

(Recitado).

GUAYARMINA.—

Que vean cómo en la tierra
sólo en tu nombre es la paz.

MASEQUERA.—

¿Mas, no rogáis por mi hermano?
Pide, Tasirga, al Señor
que él también se haga cristiano.

(Los guerreros van quedando extáticos, como si vieran algo que les petrificara. Sucesivamente, por grupos y murmurando entre sí, van deponiendo las armas).

GUERRERO 2.º—

No queremos pelear.

FAYCAN.—

(Con indignación).

¿Qué miedo os hace arredrar
cuándo es nuestra la victoria?

GUERRERO 3.º—

Entre nobles caballeros
que quieren parlamentar,
exponiéndose la vida,
Guayedra trata de hablar,

GUERRERO 2.º—

Y hurtándose, tras los riscos,
del daño del artificio,
hasta aquí quiere llegar.

BENTEJUI.—

¿Guayedra...?

FAYCAN.—

Vísteis visiones.
La batalla continuad.

BENTEJUI.—

Mas, detente, Gran Faycán,
que tal vez huido quiera
nuestras huestes alcanzar.

CORO DE GUERREROS.—

(Con resolución).

Mientras Guayedra peligre
nos negamos a luchar.

BENTEJUI.—

(Asomándose al risco con el Faycán).

Capitanes castellanos
le vienen en seguimiento,
y a su lado el que tremola
el estandarte real.

(Todos los personajes van quedando en actitud expectante).

FAYCAN.—

Advierte cómo le prestan
muy finos acatamientos;
y él viste trajes cristianos.
No me gustan, Bentejuí,
los modos del Tenedor:
bien pudiera todo esto
encubrir una traición.

ESCENA IV

“YO VI LA CARA DE LOS REYES DE CASTILLA”

(Aparece Guayedra vistiendo traje castellano: Jubón granate de seda y bragas de anazcote negro; medias y calzas y, en la cabeza, bonetillo con plumas. Es fornido, de edad madura, orlado su rostro por recortada barba negra).

(Entra por el lateral izquierda, como trepando el risco. Viene fatigado. Tras él, el Alférez Jálmez de Sotomayor, enarbolando el pendón real; un fraile francisco, con un crucifijo de báculo, el capitán Don Hernán Pérez Guzmán).

BENTEJUI.—

Aguarda, Faycán, ya llega.

(A Guayedra, con vehemencia).

Vente, Guayedra, hoy a nos
que te haremos, nuevamente,
de Tamarán el señor.

GUAYEDRA.—

(Con resolución).

Jamás lo quisiera Dios,
que ante el trono de Castilla
me tacharan de traidor.

GUAYARMINA.—

(Reprimiendo un grito al ver a Don Hernán).

Mira, Tasirga, ya llega
el capitán Don Hernán.

(Don Hernán quiere ir hacia ella, pero le cierran el paso los guerreros. Bentejui lo advierte y se sorprende de su presencia, reconociéndole).

FAYCAN.—

(A Guayedra, irónico).

¿Por ese jubón granate
y esas bragas de cristiano
vendiste a Tamarán.?

BENTEJUI.—

(Autoritario).

Reprima el Faycán la lengua.
Hablad, vos, Gran Tenedor.

GUAYEDRA.—

(Después de una pausa).

No por vestidos del cuerpo,
que se ajan y fenecen;

no por dádivas terrenas
trocara yo a Tamarán.

Trocárala, si, es muy cierto,
por camisas para el alma
que por la gracia albas son;
por jubones carmeses
teñidos por el amor;
por recia cota de mallas
que de la fe da el valor;
por petos y por cimeras
que la esperanza forjó;
porque estando de esta guisa
me señalaran a Dios.

FRAILE FRANCISCO.—

Por el tesoro mayor,
que no pudísteis soñar,
ha trocado Tenesor
la tierra de Tamarán.

GUAYEDRA.—

Viera en Córdoba la cara
de los reyes castellanos
y llegárame a sus tronos
sin que cadenas me ataran;
abrazóme el gran monarca
y en su escabel me asentara,
como a rey de otros estados
sus vasallos me acataran.

A su vera está la reina,
de bellos ojos azules
y recatado mirar,

que luce como diadema,
sobre su frente pulida,
la cruz de la cristiandad.

Con voz llena de ternura
que, al igual que cuando reza,
la usa para mandar,
porque lo mismo que el rey
ella monta en gobernar,
ansiosa me preguntara:
“Gran señor que bien reináis
vuestra ínsula canaria;
¿queréis tornaros cristiano
y en el sagrado bautismo
vuestra ánima limpiaros?”

Y al contestar yo que sí,
alzáronse los monarcas
de sus tronos poderosos
y, señalándome a mí,
juraron a la su corte
que a los canarios gentiles
como a vasallos hidalgos,
y no como a esclavos viles,
habían de recibir.

“A las glorias de Castilla,
Canaria, te incorporamos
y te hacemos paladina
de Cristo en el Océano”.

.....

Por las márgenes del río,
que los olivos sombrean
y airosa la puente salva,

pasa el cortejo real:
Abre la marcha el Alférez
enarbolando pendón,
y tras él palafreneros
de dalmáticas bordadas
con blasones de Castilla
y las armas de Aragón,
llevan seguros las riendas
de engualdrapados corceles
que cabalgan sus Altezas.

Y a su vera íbame yo.

El Gran señor de Granada,
el rey moro Boadil,
que añorando sus palacios,
en que la piedra es encaje,
bordado con pedrería,
oro, ébano y marfil,
y el susurro de las fuentes
en las tazas de alabastro
con el crujir de las sedas
que viste la bella hurí,
viene a rendir pleitesía
al poderío cristiano,
haciéndose tributario
de los reyes castellanos.

Y a su vera íbame yo.

Enjaezados caballos
montan los altos señores
de los consejos reales;
la noble cancillería

y la Santa Inquisición;
el Cardenal de Toledo
con toda su clerecía,
los donceles de Palacio
y los hidalgos de pro.
Y a su vera íbame yo.

.
.

(Solemne).

En el alto minarete
en que rezaba el muecín,
tañen campanas, hogaño,
la alegría del Señor,
y bajo las arquerías,
de pórvido y alabastro,
de la mezquita de antaño,
las aguas de gracia y vida
recibiera Tenedor.

GUAYARMINA.—

(En explosión de entusiasmo).

Ese sí:
que hizo cumplida
del alma la donación.

Ese sí:
que en buena vida
trocara su condición.

Ese sí:
que trae la nueva
de nuestra liberación.

GUAYEDRA.—

Y no queráis, hijos míos,
desafiar el poderío
de los reyes castellanos,
oponiendo a su albedrío
vuestra terca pravedad.

Hoy os ofrece Castilla
el amor, que simboliza
la cruz de la cristiandad;
mañana fuera exterminio
y esclavitud, a su pesar.

FRAILE FRANCISCO.—

(Levantando el crucifijo).

En la Cruz Cristo muriera
por mejor abrir los brazos
para estrechar en su pecho
a toda la humanidad.

(Los guerreros van abandonando las armas y, primero indecisos, después con resolución, se van concentrando en torno al Fraile Francisco en actitud de vasallaje).

(Don Hernán corre hacia Guayarmina, que le recibe jubilosa, dialogando ambos amorosamente).

GUAYEDRA.—

(A Bentejui).

¡Oh, mozo noble de la clara estirpe!
Guarda el impetu guerrero
para más sabias empresas
que el sostener a tu pueblo
en tan triste condición.

FAYCAN.—

(A Bentejui).

Es preciso que desoigas
los consejos de un traidor.

(Bentejui está absorto en el grupo de D. Hernán y Guayarmina. Todas las mujeres se dirigen tumultuosamente hacia Guayedra).

CORO DE LAS MUJERES.—

No tenemos que comer,
ni tan siquiera raíces.

ARMINDA.—

(Oponiéndose al paso).

Atrás las “tibisenas”
de los augurios tristes.

DON HERNAN.—

(A Guayarmina).

Mi Princesa de Canaria,
castellana de mi hogar.

GUAYARMINA.—

Bien cumpliera su palabra
el capitán don Hernán.

BENTEJUI.—

(Con desaliento y pesar).

En el amor y en la guerra
se impuso la adversidad:
dar cumplido al juramento
es lo que nos resta ya.

(Corre hacia el foro saltando sobre peñascos, detrás de los cuales desaparece).



FAYCAN.—

(Percatándose de la resolución de Bentejui, siguiéndote).

Aguarda; que tras tus huellas
tengo palabra de andar.

(Arminda, dando un grito angustioso, corre tras de su hijo, pero ante la imposibilidad de seguirle, permanece en el centro de la escena adoptando, más visible que nunca, su porte característico de sacerdotisa).

MASEQUERA.—

(Ahogando un grito de angustia).

¡Acorred a Bentejui
y con él al Gran Faycán,
que por las fugas del risco
se van a tirar al mar.

(Los guerreros guanches y castellanos intentan correr hacia el foro, pero les sale al paso Arminda deteniéndoles con gesto autoritario).

ARMINDA.—

Atrás las “tibisenas”
de los augurios tristes,
para hacer vuestro aquelarre
malos pasos elegisteis.

VOCES DE BENTEJUI Y FAYCAN, DENTRO.—

(Con mucha energía).

¡Atís Tirma...!

¡Atís Tirma...!
¡Atís Tirma...!

(Todos quedan consternados. La orquesta imita la caída de los cuerpos por el precipicio, chocando contra los salientes de la roca).

ARMINDA.—

(Con intenso dramatismo, medio cantando).

Libre sea el hombre
del influjo insano...

.

(Continúa mascullando el conjuro, haciendo gestos y dando señales de demencia, hasta caer desvanecida).

MASEQUERA.—

(Corriendo a socorrerla e irrumplendo en llanto).

¡Madre y señora...!

FRAILE FRANCISCO.—

(Dirigiéndose al crucifijo y levantándolo mientras todos se postran).

Tus misteriosos arcanos
no los sabemos, Señor.

.

Repetid todos conmigo:

“¡Creo en Cristo
Hijo de Dios!”

TODOS.—

¡Creo en Cristo
Hijo de Dios!

DON ALONSO JAIMEZ DE SOTOMAYOR.—

(Adelantándose al primer plano y tremolando el pendón real).

¡Gran Canaria!
¡Gran Canaria!
Por Castilla y Aragón.



ESTA OBRA SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES "EL SIGLO", DE
DOMINGO SÁNCHEZ TALAVERA,
EN LA CIUDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA,
EL DÍA 7 DE MARZO DE 1947,
FIESTA DEL SR. SANTO TOMÁS DE AQUINO.
TRABAJARON LOS IMPRESORES:
ANTONIO GONZÁLEZ PÉREZ,
JUAN MANUEL LÓPEZ GUERRA Y
JUAN FARRAY BORDÓN.

